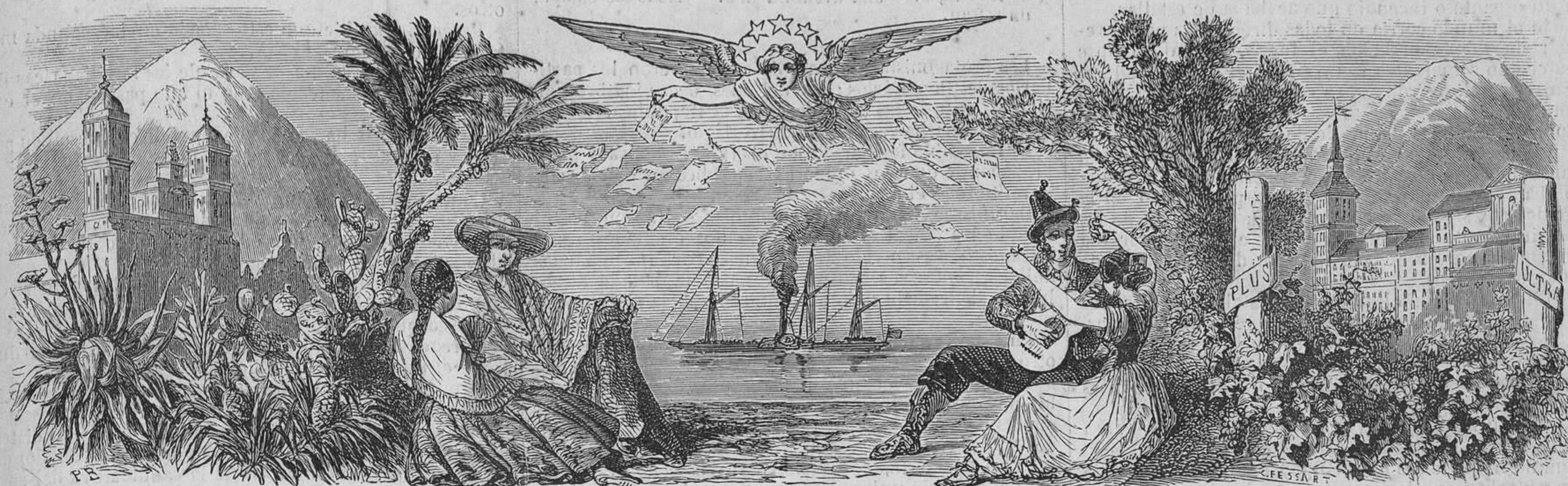


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 876.

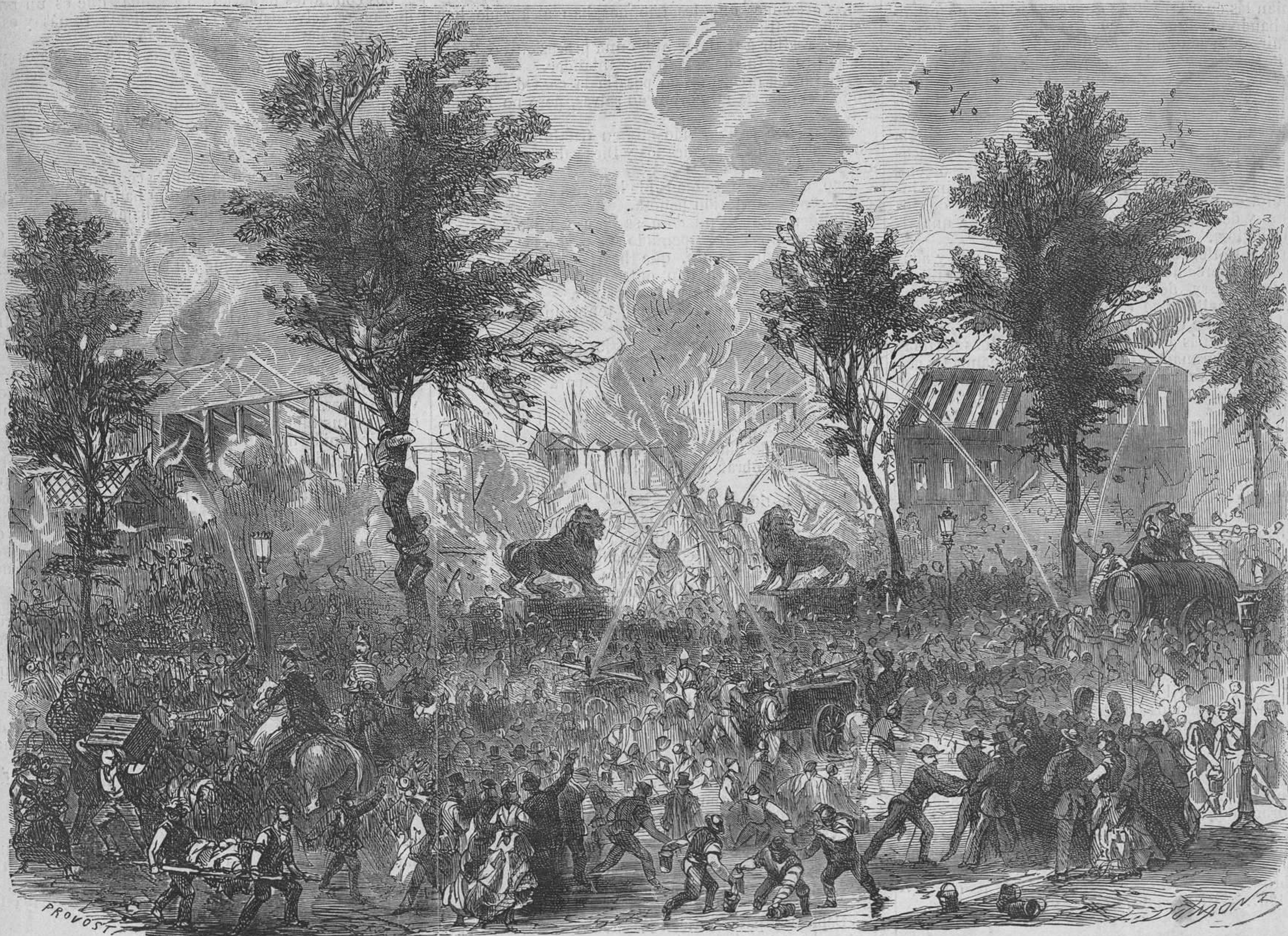
Administración general, pasage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Incendio del Hipódromo; grabado. — Revista española. — Gran tiro internacional y fiestas de Lieja; grabados.

M. Bourbeau, nuevo ministro de Instrucción pública en Francia; grabado. — Revista de París. — Poesía: La tormenta. — Conor O'Mara, tradición irlandesa. — Incendio en Burdeos; grabado. — Estudios históricos. — Tres días en Ná-

poles. — La República de Guatemala; grabados. — Curiosidades parisienses: Mercados centrales: La venta pública del pescado; grabado. — Historia de un pañuelo blanco. — Nueva corneta de caza; grabado. — Las Vendimias; grabado.



PARIS. — Incendio del Hipódromo en la noche del 29 de setiembre.

Incendio del Hipódromo.

El 29 de setiembre á las once de la noche apareció de repente en el horizonte de París un inmenso resplandor, que al parecer tenía su origen en la parte de la ciudad en que se halla el Arco de Triunfo. En breve todas las miradas de las personas que estaban paseando por los bulevares se fijaron en aquella columna de luz. Era un espantoso incendio que acababa de estallar.

Todo el mundo corría en todas direcciones para averiguar de dónde procedía el fuego, y cual siempre acontece en semejantes casos, según el punto donde se veían resplandores rojos, se atribuía distinto origen al incendio.

Contemplando las llamas desde el arrabal Montmartre, podíase creer que el incendio se había declarado á espaldas del nuevo teatro de la Opera; á medida que uno iba adelantando parecía haber principiado en la Magdalena, y siguiendo con la vista la dirección de las nubes inflamadas, observábase que el resplandor iba aumentando por grados por la parte de la avenida de los Campos Eliseos.

Al fin, supíose que el Hipódromo estaba ardiendo. Las llamas se elevaban á mayor altura que la de las casas, y la violencia del viento nordeste impelia fuertemente espesas nubes de humo.

Según parece, el fuego principió á declararse á las diez y media.

Varias son las versiones que circulan sobre la causa de este desastre. A la hora en que ocurrió puede decirse que no había nadie en el Hipódromo, pues que solo se encontraban en él el conserje y algunos mozos encargados de cuidar de los caballos.

Según todas las probabilidades, las llamas se declararon en el pequeño café situado entre la fachada del Hipódromo y la barrera de la entrada. Hay quien opina también con bastante verosimilitud que ese desastre fué efecto de la imprudencia de algun mozo encargado de las caballerizas.

Como quiera que sea, pocos minutos bastaron para que el fuego cundiera por el interior del Hipódromo. El *Gaulois*, del cual tomamos los siguientes pormenores, dice que acudieron en seguida para salvar los caballos varios mozos y palafreneros que se hallaban en los cafés y tabernas de aquellas inmediaciones.

Por fortuna las caballerizas fueron el último punto donde se comunicó el incendio. Así que pudieron salvarse los caballos, algunos de los cuales al verse libres de todo riesgo echaron á correr por la avenida Bugeaud, donde se pudo alcanzarlos no sin grandes esfuerzos.

En breve las llamas prendieron en los mástiles que sostenían las cuerdas y los toldos; todos los que ostentaban banderolas quedaron consumidos por las llamas sin venirse al suelo, al paso que todo lo demás ardía y presentaba el aspecto de una espantosa hoguera.

Los árboles de la avenida Bugeaud principiaron también á arder en seguida, pero por fortuna el viento impelió las llamas hácia la avenida de Malakoff. A las once dadas, el incendio se propagó por los almacenes de la casa de Godillot, los cuales se hallaban llenos de decoraciones, de telas embreadas y de otros infinitos objetos por el estilo. Entonces el incendio tomó grandísimo incremento, de manera que las llamas reunidas del Hipódromo y de la casa de Godillot se elevaban á una altura prodigiosa.

Entre tanto llegaban auxilios de todas partes, y acudían los bomberos del cuartel del Reservoir, en Chaillet; los de Passy, de Neuilly, de Puteaux, de Saint-Ouen, de Grenelle y de Courbevoie, y mas tarde del cuartel de la calle del Vieux-Colombier.

Llegaron además al sitio del desastre algunas partidas de cazadores y granaderos de Courbevoie, mandadas por M. Banville, para auxiliar á los bomberos y mantener el orden, que á duras penas podían conservar los municipales.

De la casa de Godillot, de la cual solo han quedado algunos restos de paredes, el fuego se propagó á un restaurant, reduciéndolo á cenizas en breves momentos.

Las llamas llegaron á lamer algunas casas de la calle de la Pompe y devoraron una porción de barracas en que se vendían vinos y fotografías.

Los bomberos prosiguieron entre tanto sus trabajos y ganando palmo á palmo el terreno invadido por las llamas. El agua, que hasta entonces había escaseado algo, llegó pronto y en gran abundancia, de la fuente de la plaza de Eylau á la avenida de Malakoff, donde se hallaban la mayor parte de las bombas.

A la una estaba ya casi dominado el incendio. — Hé aquí, según el *Figaro*, la lista de los teatros de París incendiados desde hace ciento seis años:

Opera, el 6 de abril de 1763. — Opera, el 8 de junio de 1781. — Delassements-Comiques, 30 de mayo de 1787. — Teatro Lazari, 30 de mayo de 1798. — El Circo, 43 de diciembre de 1798. — Teatro Francés (instalado entonces en el Odeon), 8 de mayo de 1799. — Odeon, por segunda vez, 2 de marzo de 1818. — Ambigu-Cómico, 12 de julio de 1826. — Gaité, 24 de febrero de 1836. — Folies-Dramatiques, 13 de diciembre de 1836. — Teatro Italiano, 13 de enero de 1838. — Vaudeville, 17 de julio de 1838. — El Diorama de M. Daguerre, 8 de marzo de 1839, y en 14 de julio de 1849. — Nouveautés, 5 de diciembre de 1866. — Teatro de Belleville, 11 de diciembre de 1867. — Hipódromo, 29 de setiembre de 1869.

Revista española.

Los protagonistas de setiembre. — Predicaciones. — Pólvora y balas. — Situación lastimosa. — España fuera de España. — Juegos de niños. — Reyes imposibles. — El pueblo, sus ilusiones y el desengaño que le espera. — Desanimación. — Barbaridades. — Desgracias en Tarragona. — Mal efecto de los viajes. — Una aventura mia. — Modo de cumplir un refrán.

Los protagonistas del mes de agosto fueron los partidarios de Don Carlos: los del mes de setiembre han sido los entusiastas adoradores de la República.

A la boina ha seguido el gorro frigio. Es imposible formarse una idea de la activa y hábil propaganda que los oradores republicanos han hecho durante todo el mes.

Del mismo modo que los apóstoles se fueron por el mundo á predicar el cristianismo, los diputados republicanos han recorrido las provincias para incendiar los ánimos, contar sus partidarios y dar la batalla al gobierno al llegar el momento supremo de la elección del monarca.

En España suceden cosas que no pasan en ningun otro país.

Ya saben mis lectores que yo no soy político, ó sea hombre de partido; pero francamente creo que el orden es una gran cosa, y que la autoridad es la fórmula del equilibrio social.

Se ha hecho una revolución y se ha dicho: Por medio del sufragio universal vamos á nombrar unas Cortes que reorganicen el país.

Los diputados monárquicos han sido mas que los republicanos, y se ha votado una Constitución monárquica.

Verdad es que los que la han hecho no logran entenderse cuando se trata de elegir al rey; pero de cualquier modo, lo positivo es que España ha declarado por medio de la mayoría de sus representantes que es monárquica.

¿Ha hecho bien?

¿Ha hecho mal?

Ustedes lo dirán: yo pertenezco á esa raza de hombres que lo mismo viven con la república que con la monarquía, cuando gobierna la justicia.

Pero los republicanos han dicho:

— ¡Esa Constitución no vale!

Y han formado pactos federales y han predicado la república federal y han hecho jurar á sus correligionarios que no aceptarán rey alguno.

Las ovaciones que los tribunos han alcanzado han sido brillantísimas.

Para recibir á Castelar hubo una procesion en Zaragoza; Orense fué aclamado en Santander.

Todo hacia creer que no pasaría la cosa de festejos, que se emplearía la pólvora en salvas, pero no ha sido así.

Hoy mismo se ha sabido que en Cataluña han tomado las armas los republicanos y Dios sabe lo que sucederá.

Esto, como comprenden mis lectores, nos tiene colocados en una situación penosa.

El dinero, que es miedoso, se ha escondido. Los deudores han suspendido sus pagos.

Muchos comerciantes, que hoy por desgracia nada tienen que hacer, se han entretenido en ajustar las cuentas á sus olvidadizos parroquianos.

Uno de ellos, conocido mio, tenía un considerable número de créditos á su favor.

— Nada hay que hacer, dijo á los dependientes, solo venden los que comercian en artículos de primera necesidad, aprovechemos la ocasión para ir cobrando picos.

Los dependientes, armados cada cual con una docena de facturas, se pusieron en marcha.

La historia de uno es la de todos.

— Vengo á cobrar esta factura.

— ¿A ver?

— Es de la tienda...

— Sí, ya sé... diga Vd. al principal que no le tengo olvidado. Ya pensaba yo haber ido este mes por allá; pero amigo, con estas cosas... Tengo que cobrar una porción de cantidades, pero nadie suelta un duro. Lo siento, pero me es imposible abonar la factura. Cuando las cosas se arreglen iré yo mismo á la tienda.

— El principal me ha dicho que si pudiera Vd. darme algo á cuenta, se lo agradecería.

— Estoy materialmente sin un céntimo...

Total: ni uno solo de los dependientes logró trocar una factura siquiera en monedas.

No hay para qué decir cómo estará el comercio y los que viven de su honrado trabajo.

Todo son lamentaciones.

Las ferias están desiertas, la mayor parte de los cajones que han puesto en el paseo de Atocha, cerrados, y los pobres niños, que afortunadamente para ellos, no entienden todavía, y es milagro, de las cosas políticas, se desesperan.

Aun hay mas, en la mejor época del año, cuando la temperatura de Madrid convida á pasear, el sobresalto en que vivimos obliga á las familias prudentes á quedarse en casa.

— Debía Vd. pasear, dicen los médicos á los convalecientes: hace un tiempo hermoso y andando se recobran las fuerzas.

— Es cierto, ¡pero quién sale con estas cosas! ¡Y los pobres niños que necesitan el aire puro de los paseos! Ellos sufren mas, porque no es posible exponerlos á las consecuencias de una alarma falsa ó verdadera.

Resultado, que nos tienen Vds. á los que en nada nos metemos, á los que solo deseamos seguridad personal para vivir, paz para trabajar y sacar el fruto á nuestro trabajo, condenados á no hacer otra cosa que alarmarnos con las noticias que inventan y propagan unos y otros.

Parece imposible que esto suceda en la segunda mitad del civilizado siglo XIX.

Sabido es que la mayor parte de las familias ricas de España han permanecido todo el año pasado en el extranjero.

Gastando mas han vivido menos felices que en su patria, y no eran pocas las que se disponían á regresar á España.

Con esto hubieran aumentado los ingresos del comercio y de la industria, los dueños de las casas hubieran alquilado los cuartos que en gran número tienen desalquilados; pero ¿qué ha sucedido?

Los que ansiaban volver se han detenido, temen ser víctimas de las luchas intestinas, y se quedan en Francia hasta que mejore la situación.

El regente y los ministros han viajado también durante el mes que termina hoy.

El primero fué á los baños de Alhama, donde ha vivido modestamente como un simple mortal.

En cambio, el presidente del Consejo y el ministro de Estado han estado en Vichy y en París, de donde según se dijo trajeron acordada la candidatura del rey.

Esta candidatura pica ya en historia.

Hé aquí lo que sucede:

Dice el gobierno á sus amigos: « El rey que elegimos es Don Luis de Portugal. »

La mayoría del país, que dice á todas horas: « Tan bueno es Juan como Pedro, » se frota las manos y exclama:

— ¡Gracias á Dios que ya tenemos rey!

Pero al día siguiente todos los periódicos que no apoyan la solución portuguesa empiezan á atacarla.

« Don Luis, exclaman, es un buen músico, toca el violín que es un gusto; y si le dan bien de comer por añadidura, será el rey mas dichoso de la tierra. »

« Cuando venga Don Luis va á llenarse la España de portugueses. »

El país se rie y la candidatura cae en el ridículo, que es lo peor que puede sucederle.

« Ya no es Don Luis, es el duque de Génova el que viene, » dicen los periódicos ministeriales.

Los contrarios publican en seguida, que es un niño, que no retrulve nada, y como se llama Tomás y es de Saboya, le llaman *Tomasillo el Saboyano*.

Por este estilo hacen con todos los candidatos y el país se rie, olvidándose de que esta risa va á costarle amargos días de llanto.

No soy profeta; pero desde luego me atrevo á profetizar que no llegaremos á tener rey mientras no se nos imponga ó le impongan las bayonetas.

El tiempo dirá.

El pueblo ha tomado la política como un juego, tiene imaginación y la explotan los que han recibido de Dios talento para guiarle; mas que trabajar gusta hablar de política, el operario tiene horror al instrumento del trabajo, porque el triunfo del partido en que milita le halaga y le hace creer que sin sufrir las consecuencias del trabajo sería feliz.

¿Qué triste desengaño le aguarda!

Frontaura, en su periódico el *Cascabel*, hace el retrato del trabajador del día con este diálogo, copiado del natural.

Merece ser oído.

— Oyes, tú, Antonio, ¿te parece que es hora de volver á tu casa?... ¡Desde ayer que saliste... y sabiendo que ni á tus hijos ni á mí nos quedaba que comer!

— He tenido mucho que hacer.

— ¡Ah! ¡Has tenido tanto que trabajar!... Me alegro, porque mira que llevamos un año... Unas veces porque no te dan trabajo y otras porque te ocupan las cosas políticas...

— Pues no, chica, no hay trabajo, pero he estado en el club y luego con los amigos...

— Eso es, y yo mientras... ¡Vaya! que la política nos ha venido á divertir.

— Hemos jurado allí no consentir rey...

— ¡Ah! pues si tú has jurado eso, es claro; ¿qué rey se ha de atrever á venir? Pero oye; ¿no dices que eso de jurar esa una pamema?...

— ¡Toma! eso... así lo han dicho los que hablan allí, pero... será según y conforme...

— ¡Bah, bah! á ti te van á volver loco y te van á perder... ¡Mire Vd. qué necesidad tenía este hombre de meterse á republicano ni á realista!... ¡Con unas manos como las que tiene para el trabajo!...

— Déjate, chica, que en poniéndose la república federal vamos á nadar en la abundancia.

— Sí, lo creo, te harán gobernador.

— ¡Puede!

— Pero hombre, que seas tan tonto... Serán los que manden los señoritos que os meten en el ajo, pero tú y los demás trabajadores sereis lo mismo que ahora, y no será malo si hay trabajo, que puede que haya lo mismo ó menos que ahora.

— ¿Qué sabes tú de eso?

— No, yo no sé nada; pero lo que sabes tú es que el año 54 te pegaron un balazo, que el 56 te abrieron la

cabeza, que el 10 de abril te rompieron una pierna, y que el 66 te tuvieron preso seis meses... y ¿qué has adelantado?... ¿Te ha recibido siquiera ese señor que ahora es ministro y antes te llamaba su amigo?... Pues lo mismo te sucederá siempre. ¿Sabes cuál debe ser tu política? El trabajo. No quiero decirte que seas un zángano que no te intereses por la patria, y que no hables y leas, y desees lo que es bueno, y rechaces lo malo; pero lo primero ha de ser siempre trabajar, porque lo que tú no ganas con tu trabajo no te lo han de venir á dar los republicanos, ni los carlistas, ni nadie.

— Pero mujer, si ahora todos van al club.

— ¿Y por eso has de ir tú?... Tú tienes otras obligaciones... Tu mujer, tus hijos.

— Eso es verdad.

— Pues á la enmienda, porque si no tu mujer y tus hijos tendremos que irnos por ahí á buscar la vida, y te quedarás solo, y no tendrás un rincón de casa, ni quien te cuide si caes malo, ni quien te consuele y acaricie en tus pesares.

— ¡No, no, por Dios!... Mis hijos han de estar siempre conmigo.

— Eso es lo natural, pero tienes que mantenerlos.

— Si, sí, yo trabajaré; ya no vuelvo al club.

El obrero que pinta Frontaura hace caso de su mujer; los de verdad se le parecen poco en eso.

Entre tanto vamos viviendo.

El aniversario de la revolucion se ha celebrado oficialmente.

El pueblo de Madrid apenas ha tomado parte en los festejos, y es que todos creían estar á estas fechas sentados y están de pié, y mas cansados aun que el año anterior.

Tambien ha contribuido á desanimar á la corte la actitud de los republicanos.

Ya habrán Vds. sabido que en la manifestacion de Tarragona fué muerto y arrastrado por las turbas el secretario de aquel gobierno, que hacia las veces de gobernador.

Con este motivo ha sido preso el general Pierrad, y el gobierno ha tomado una actitud enérgica.

Pero esto no devuelve la vida al infeliz García Reyes, jóven que empezaba la carrera bajo los mejores auspicios y que apenas hacia un año que se habia casado.

Su esposa abortó, y en los primeros momentos se volvió loca.

La ciencia y la resignacion la han vuelto á la vida, que será para ella en lo sucesivo un verdadero valle de lágrimas.

Por otra parte el famoso Suñer y Capdevila, que niega á Dios, sigue haciendo prosélitos.

Puede tener el gusto de decir que en los pueblos y aldeas discuten los aldeanos su teoría de que la Virgen tuvo hijos.

Horroriza pensar que haya habido un hombre capaz de intentar arrancar del corazón de los cristianos el amor á la Virgen Santísima, la bellísima idea de su pureza inmaculada.

Pero sucede una cosa original.

Halagada la soberbia de los ignorantes al creerse sabios, cuando hablan dejan ver que la fe está arraigada en sus pechos.

Así, por ejemplo, los aragoneses consienten que se injurie á la Virgen bajo todas las advocaciones, excepto bajo la del Pilar; los granadinos hacen lo mismo respecto de la Virgen de las Angustias, y en las demás provincias pasa otro tanto.

Otra prueba de lo que digo, es una escena ocurrida hace poco en un wagon de tercera.

Volvian de una romería varios campesinos y traian un crucifijo.

Por el camino le llenaron de improperios, y á fuerza de chistes groseros dejaron aquella imágen del Crucificado, casi del mismo modo que los judíos al original.

Pues bien, al lado de aquellos idiotas venian otros hombres de su misma clase, pero cristianos, y censuraron de tal modo á los bárbaros, que tuvo que intervenir la guardia civil para apaciguarlos.

La libertad de cultos está llamada en España á producir graves conflictos por el estilo.

Algo parecido puede decirse de la libertad de enseñanza.

Aquí somos así, exageradillos en todo.

Hace poco se presentó al rector de la Universidad un caballero.

— ¿En qué puedo servir á Vd.? le preguntó.

— Vengo á hacerme abogado en quince días.

— ¿Está Vd. en su juicio?

— Me parece que sí.

Y en efecto, en quince días probó seis años y tomó los grados de bachiller, licenciado y doctor.

Por lo mismo que aspiró á mucho, le apretaron los examinadores, pero salió bien del paso.

En cambio, aprueban á veces á los estudiantes de medicina con una ó dos preguntas.

Este año han probado muy mal los baños y los viajes de verano.

Casi todos los que han vuelto están enfermos: esto consiste en que la agitacion política del país no es compatible con la tranquilidad que necesita el ánimo para medicarse.

Las reglas tienen excepcion, y yo soy la excepcion este año.

Tambien he hecho un viaje á San Sebastian, donde se ha establecido un *Curs hall* y un *Casino* de juego como los de Baden, Spa y Homburgo.

En el camino me sucedió una aventura original, y voy á referirla á mis lectores para variar de conversa-

cion y darles á conocer un tipo verdaderamente original. Como digo, se me ocurrió la idea de visitar la capital de Guipúzcoa.

Cumpliendo mi deseo, arreglé mi breve equipaje y tomé un asiento de primera, pensando que mis compañeros de viaje me proporcionarían algun episodio elegante que referir á mis lectores.

Al entrar en el *soit-disant* salon de espera, divisé á un caballero como de unos cincuenta años, graciosamente contrahecho, con una fisonomía *sui generis*, ojos negros pequeños, pero vivos, sedosas patillas á la inglesa, lentes, una gorra de seda negra y un traje elegantísimo.

Llevaba tres correas de charol cruzadas: de una pendia un estuche de medicamentos, de la otra los gemelos y de la última la cartera de viaje.

En la mano derecha tenia un saco de noche y en la izquierda la manta de viaje arrollada y sujeta por las correas.

Se me olvidaba un detalle: debajo del brazo derecho llevaba un libro en rústica.

— ¡Hé aquí un tipo! me dije, proponiéndome no perderle de vista.

— ¡Viajeros, al tren! dijo un dependiente.

Yo seguí á mi tipo y él observó que le seguia.

Cuando volvió la cara al subir en el coche, le hice un ligero saludo, al que no contestó.

Subí al mismo wagon y me coloqué enfrente de él. Estuvimos solos algunos segundos, y sin que yo pudiera explicarme la causa, le vi dispuesto á mudar de coche, cuando entraron en el que ocupábamos tres señoras ó sea una mamá con sus dos hijas.

Mi hombre suspiró.

El tren se puso en marcha.

Al cabo de algun rato, la mamá, que era muy aficionada á hablar, rompió el silencio.

— ¡Qué gusto! dijo... aquí se empieza á respirar.

— Bien hemos hecho en salir hoy, de lo contrario nos achicharramos.

— No sé cómo hay quien pueda resistir la temperatura de Madrid.

— ¡Jesus! yo me sofoco.

— Yo me liquido.

Estas frases fueron pronunciadas respectivamente por la mamá y sus dos pimpollos.

— ¿Va Vd. muy lejos? me preguntó la mamá.

— Sí, señora, contesté.

Al ver mi laconismo, se dirigió al otro viajero.

— ¿Y usted, caballero?

— Sí, señora, voy á Baden-Baden.

— ¿Eso es en Francia?

— Un poco mas allá, en Alemania.

— ¡Ah! sí, ya sé, de donde son los alemanes de la calle de la Montera. Allí no hará calor.

— No, señora.

— ¿Ha estado Vd. otra vez?

— Estoy establecido en Francfort.

— ¿Es cerca?

— Sí, señora.

— ¿Pero Vd. es español?

— Soy gallego.

Las niñas se mordieron los labios para ocultar la risa.

— No se le conoce á Vd. en el acento, prosiguió la mamá.

— Es que salí muy niño de mi tierra.

— ¿Emigrado tal vez?

— Sí, señora.

— Y ha venido á dar una vuelta por España.

— Padezco de los nervios y me dijeron los médicos que el aire de mi país natal me sentaría bien.

— ¿Y se engañaron?

— De medio á medio.

— Eso sucede siempre... yo no sé quién los llama... Pero le habrá gustado á Vd. volver á ver su patria.

— ¡Pechst!

— ¿Usted la conocia?

— Habia leído un viaje de Dumas.

— ¿De Dumas? mi autor favorito. ¿Ha leído Vd. *los Tres Mosqueteros*? ¡Qué preciosa novela!

— ¡Y qué personajes! dijo una de las niñas.

— ¡Sobre todo Artagnan! añadió la otra.

— A mí me gustan mucho las novelas.

— Sobre todo cuando hay en ellas crímenes y horrores.

— ¡Qué interesantes son algunos bandidos que nos pintan los novelistas!

— Hé ahí una de las ventajas del ferro-carril... la locomotora ha extinguido la raza de los José María, de los Diego Corrientes, dijo el viajero.

— ¡Ay! no lo crea Vd., exclamó una de las niñas. Los ladrones roban en los wagones vestidos de caballeros.

— ¡Qué cosas tienes, mujer!

— Es cierto, yo he leído que hubo en Francia un tal Jud que robó y asesinó á un caballero en un wagon.

— Lo recuerdo, dijo el viajero, en un wagon de primera.

— Es claro; en esos es en donde se meten los ladrones; como aquí vamos siempre las personas decentes!

— El viajero me miró de reojo.

— Afortunadamente se usan ya en muchas líneas wagones con campanillas de auxilio. En cuanto se ve uno apurado, llama, se para el tren, acuden los empleados y el criminal cae en poder de la justicia.

— ¿Y aquí no hay campanillas de esas? preguntó el viajero.

— Aquí estamos muy atrasados; pero no se suele robar en los wagones.

— Alguna vez se ha de empezar.

— Yo lo creo.

Yo oia silencioso esta conversacion.

La mamá se fijó en mí y cerré los ojos.

— Nuestro compañero duerme, dijo.

— Es hombre de pocas palabras, añadió una de las niñas.

Hubo una breve pausa.

— ¡Avila, Avila! gritó un dependiente apenas se detuvo el tren.

— Vaya, que Vd. lo pase bien, dijo la mamá al viajero... Vamos, niñas.

— Qué, ¿se quedan ustedes? preguntó mi tipo.

— ¡Sí, señor, tenemos aquí familia. Que lleve Vd. feliz viaje.

Mi hombre se acercó á la portezuela.

— Caballero, dijo á un empleado de la estacion.

— ¿Qué quiere usted?

— Deseariairme á otro wagon.

— Vaya un gusto... en ese no van Vds. mas que dos y pueden ir durmiendo.

— Con todo...

— Los demás de primera van llenos.

— ¿Y los de segunda?

— Tambien... Si quiere Vd. de tercera...

En esto se oyó un silbido.

— ¡Al tren, al tren!

El empleado cerró la portezuela.

Mi hombre y yo quedamos solos.

El tren se puso en marcha.

El viajero se fué al rincón opuesto al mio.

— ¿En dónde estamos? le pregunté.

— Cerca de Avila, me dijo, tan cerca, que desde allí pueden oirnos.

— Pues á dormir un rato.

— Sí, señor... eso es, á dormir.

Pasamos silenciosos una hora; yo no podia dormir, pero mi compañero cerró los ojos y soñó.

— ¡Jud!... ¡Ladrones! ¡Campanilla de auxilio!...

Estas inconexas palabras salieron de sus labios.

Al verle presa de una horrible pesadilla, me acerqué á él.

— ¡Caballero! grité, caballero, despierte usted.

Mi tipo abrió los ojos.

Acto continuo cayó á mis piés y balbuceó esta frase: — Por Dios, no me mate Vd... yo le daré todo lo que llevo, guardaré el secreto, pero aparte Vd. ese revolver...

Creí que continuaba soñando: sin embargo, estaba despierto.

— Tranquílcese Vd., le dije, aleje Vd. esa horrible pesadilla, está Vd. en un wagon...

— Ya lo sé... de primera... los que eligen ustedes.

— Yo soy su compañero de viaje.

— ¡Usted!

— Sí.

— Pues bien, repito que le daré á Vd. cuanto llevo, pero por Dios, no me mate Vd., no aproveche Vd. la oscuridad de la noche y la velocidad del tren para arrojarme á la via... ¡por favor, por piedad!

Sonó el silbato, y como esto anunciaba la proximidad de una estacion, temí que el miedo de mi pusilánime compañero de wagon le obligara á arrojarle por la ventanilla al ver que el tren caminaba despacio.

Traté de convencerle de que no corria peligro, pero no me dejaba hablar.

— Tome Vd. cuanto tengo, pero no me mate: esta era su muletilla.

Viendo que no estaba en su cabal juicio, le abandoné y me fuí á un rincón.

Llegamos á la estacion de Búrgos, y por fortuna entró en el coche un caballero que me reconoció y estrechó mi mano, pronunciando mi nombre al saludarme.

Mi tipo, que era todo oidos, se tranquilizó.

Mi amigo se quedó en Vitoria.

El viajero tímido se acercó á mí.

— Caballero, me dijo algo cortado, despues de la conversacion que acabo de escuchar, comprendo que he sido un mentecato.

— ¡Bah!

— Sí, señor, un mentecato; le he tomado á Vd. por un...

— Pues.

— ¡Oh! no me lo perdonaré nunca... ¡Pero estaba usted tan silencioso! En fin, pido á Vd. mil perdones... habia soñado... estaba bajo la influencia de una horrible pesadilla, y...

— Todo lo comprendo.

— Luego... estos malditos nervios... yo soy un hombre todo imaginacion... pero crea Vd. que estoy avergonzado.

— No hablemos de eso.

— Es que necesito que me perdone usted.

— Está Vd. perdonado.

— No me basta eso... Vd... va á San Sebastian ¿no es cierto?

— Sí, señor,

— Yo tambien.

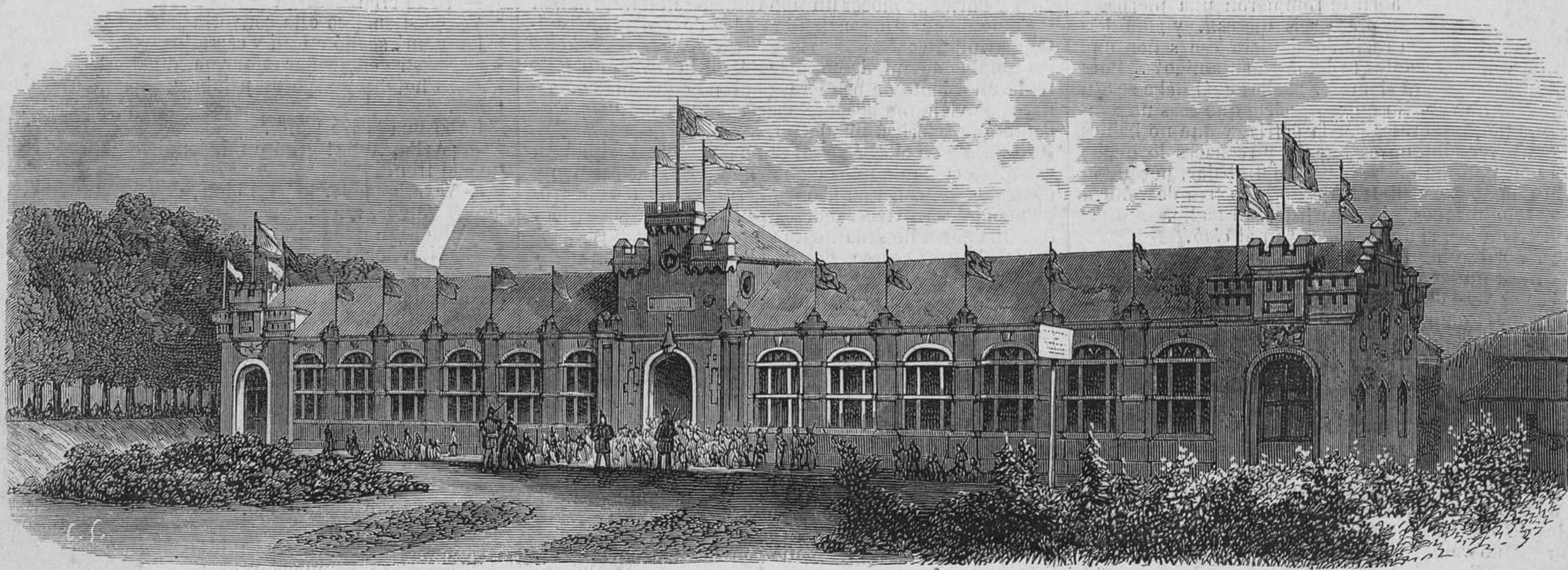
— Pues ¿no iba Vd. á Baden-Baden?

— Sí, señor, pero he resuelto quedarme en San Sebastian. Tengo allí un hermano, nos hospedaremos en su casa, le obsequiaremos á Vd. como merece, y solo así me marcharé tranquilo á Alemania.

— Pero hombre...

— Nada... nada... lo necesito, lo exijo... es preciso que seamos muy amigos.

Y vean Vds., como gracias á esta aventura, he pasado ocho dias mimado y querido en el seno de la familia del hombre pusilánime.



BÉLGICA. — Tiro internacional de Lieja: El edificio del tiro.

En el capítulo de los viajes, voy antes de cerrar mi revista, á referir una anécdota que me han contado. Hablábame en un círculo de las exigencias de los fondistas.

Unos decían que habían pagado en Biarritz ocho duros diarios en el *Hotel de los Embajadores*, otros aseguraban no haber tropezado en Bayona mas que con judíos.

— Pues yo he sido, repuso uno de ellos, tratado á cuerpo de rey en todas partes y por precios tan módicos que parecerán fábula á todo el mundo.

— ¿Y cómo se ha arreglado Vd. para alcanzar esa fortuna?

— Muy fácilmente. Explotado otros años por los posaderos, me propuse dejar de ser pariente suyo, es decir, primo, y combiné mi plan.

Fuí á Bayona, entré en un hotel, llamé al dueño y le dije:

«— Soy secretario particular de un alto personaje, me ha encargado que tome habitaciones para él y toda su servidumbre en lo mejor de la fonda; en ocho dias he de vivir en todas las de Bayona para indicarle la que

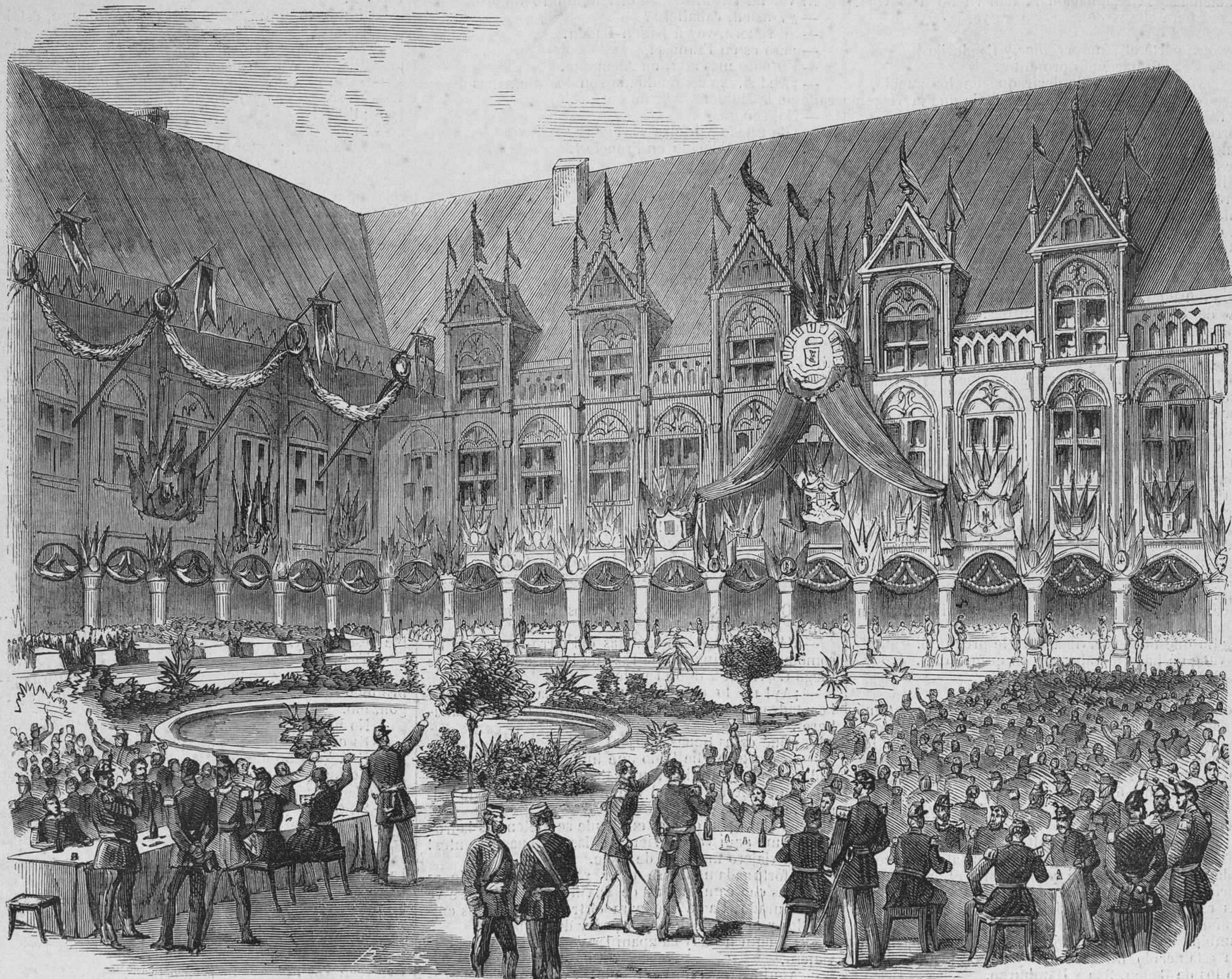
mayores ventajas ofrece. Si me trata Vd. bien, por no andar mudando los bártulos, elegiré esta.»

Acto continuo me llevó á un cuarto lujosísimo, me trató como á un príncipe y al pedirle la cuenta al octavo dia, me dijo:

— ¿Le parece á Vd. que pongamos por cuarto y comida 5 francos diarios?

— Ponga Vd. seis, le contesté yo, y hasta muy pronto. No quiso sin embargo cobrarme mas que cinco.

De allí á Biarritz, desempeñé el mismo papel y pasé otros ocho dias viviendo como los que pagaban 50 frs.



Banquete dado por el rey á los tiradores internacionales en el patio del palacio real de Lieja.



M. J. de Andrimont, burgomaestre de Lieja.

valor de 40,000 francos, un festival de canto y de armonía, regatas, carreras de velocíferos, globos, una gran fiesta militar dada por el ejército, representaciones y conciertos á que fueron convidados los extranjeros, hé ahí los principales capitulos del programa.

Citaremos particularmente el concierto del mártes 21 de setiembre último en el Teatro Real, en el que se ejecutaron grandes obras de armonía compuestas para la circunstancia por el excelente compositor de Lieja M. Ch. Radoux.

El mártes por la mañana, S. M. el rey de los belgas y su hermano el conde de Flandes, llegaron á Lieja y pasaron revista á aquel brillante ejército de tiradores de todos los paises. Difícil es dar una idea de la acogida entusiasta que hacen los belgas á su joven



M. H. Kirsch, organizador del tiro internacional de Lieja.

— Pero eso era engañar á los posaderos, replicó uno de los que formaban parte del círculo.

— No engañé mas que á dos, razon por la cual considero que he alcanzado doscientos dias de perdon. Los teatros empiezan á animarse, pero falta gente. El mes de octubre ofrece grandes peripecias. Allá veremos.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de setiembre de 1869.

rey, cada vez que visita una ciudad de provincia. Era aquello un grito continuado de: ¡ Viva el rey Leopoldo ¡ Viva la Bélgica!

Por la tarde un suntuoso banquete reunia en las vastas galerías del palacio, magníficamente adornados por un artista francés, M. Celos, á mas de tres mil convidados pertenecientes á todas las naciones. El rey presidia el banquete. Allí el entusiasmo tomó proporciones indescribibles cuando S. M., despues de los brindis oficiales, recorrió las galerías dirigiendo á cada cual una palabra amable, y recibiendo de todos cordiales apretones de manos. Era un espectáculo imponente que en todos los que asistieron á él ha dejado un recuerdo imperecedero.

Seguramente, esta magnífica y grandiosa fiesta de la paz y de la fraternidad internacional, formará una de las mas bellas páginas de la historia de Bélgica.

II. V.

Gran tiro internacional

Y FIESTAS DE LIEJA.

La Bélgica es la tierra clásica de la hospitalidad, y de todas las ciudades belgas, Lieja es la mas famosa por la urbanidad y generosos sentimientos de sus habitantes.

Gracias á la iniciativa de algunos hombres de mérito á cuya cabeza figuraban M. J. de Andrimont, burgomaestre de Lieja, y del célebre periodista M. Kirsch, la ciudad de Lieja acaba de ser teatro de una de las mas grandes manifestaciones internacionales de nuestra época.

Con motivo del gran tiro anual se enviaron invitaciones hace unos dos meses á todos los guardias nacionales francos-tiradores y voluntarios de Francia, Inglaterra, Holanda, Prusia, Italia, Austria, Suiza, etc.; invitacion que se aceptó, y en su consecuencia se instituyó un comité de las fiestas, y el 19 de setiembre la ciudad de Lieja hacia á sus huéspedes el mas espléndido recibimiento.

Unos mil guardias nacionales de Paris, bajo el mando de M. Creitt, mayor comandante del 9º batallon, un destacamento de la guardia nacional de Amiens, varias sociedades francesas de francos-tiradores, mil trescientos *riflemen* pertenecientes á 190 regimientos de voluntarios ingleses, desde el escocés con las piernas desnudas, hasta el brillante artillero de la *light cavalry*, doscientos ó trescientos tiradores prusianos, otros tantos holandeses, tiradores italianos y suizos, y por último, un inmenso contingente de guardias cívicos de las diferentes ciudades belgas, fueron recibidos en las Casas consistoriales por el burgomaestre, que les dirigió un discurso de bienvenida sumamente elocuente. Luego se ofreció el vino de honor, y cuatrocientas señoras y señoritas de Lieja entregaron á cada uno de los tiradores extranjeros una medalla conmemorativa de plata con cintas de los colores nacionales.

Con esta recepcion principiaron las magníficas fiestas que duraron tres dias: desde luego el tiro, para el cual el rey de los belgas habia instituido un premio de 5,000 francos, y que comprendia otros premios hasta un



M. Bourbeau, nuevo ministro de Instruccion pública en Francia.

M. Bourbeau,

NUEVO MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA EN FRANCIA.

M. Louis-Olivier Bourbeau, llamado recientemente á recoger la sucesion de M. Duruy, no es un hombre nuevo, ni un desconocido para los que saben ver á los hombres fuera del primer término de la vida pública y fuera del círculo de las celebridades parisienses. Era una de esas glorias locales mas sólidas que brillantes que Paris saca de las provincias de tiempo en tiempo.

Pertenece á la vez á la enseñanza y á la práctica de la ciencia del derecho, y no ha permanecido extraño á la vida política.

Nacido en Poitiers el 2 de marzo de 1811, M. Bourbeau tuvo la suerte de encontrar por profesor de derecho á un maestro célebre, al sabio Boncenne, de quien fué continuador despues de ser su discípulo favorito. Sin embargo, el estudio teórico del procedimiento no bastó á satisfacer su actividad. Se dió á conocer en el foro de Poitiers y su ciencia, expresada en términos claros y precisos, le alcanzó muy luego una gran reputacion, tanto que fué desde entonces uno de los abogados que tenian mas ocupaciones. Al concluir la gran obra de Boncenne titulada *la Teoría del procedimiento civil*, el profesor debia extender su fama entre los jurisconsultos.

Las funciones municipales le abrieron la carrera política. Cuando estalló la revolucion de 1848, M. Bourbeau, que habia sido nombrado alcalde el año anterior, conservó su cargo en la crisis subsiguiente y se granjeó hasta tal punto las simpatías de sus administrados, que le enviaron á la Asamblea constituyente. Salió elegido el cuarto de los ocho representantes de Vienne, por 50,000 sufragios, y tomó una posicion independiente en medio de las numerosas fracciones de la Asamblea; votó en general con la derecha mas moderada hasta que se retiró el general Cavaignac, y luego se fué acercando á la izquierda bajo la presidencia del principe Luis Napoleon. ¡ Cosa notable! M. Bourbeau, que cuando subió al ministerio fué anunciado como un hombre adicto al partido clerical, se pronunció con la minoría de la Constituyente en las dos sesiones del 16 de abril y del 7 de mayo de 1849, contra la expedicion á Italia.

No habiendo sido reelegido para la Legislativa, sin duda por sus votos liberales, recobró su puesto en el foro de Poitiers y su cátedra en la Facultad. Desde hace veinte años parecia haber renunciado á la vida política, cuando en las elecciones de mayo último, se presentó á la vez como candidato liberal y como candidato de la administracion. El gobierno, que á toda costa queria combatir la candidatura de M. Thiers en la segunda circunscripcion de Vienne, le opuso la popularidad local de M. Bourbeau, que salió elegido.

En la breve legislatura que siguió,

no pareció tomar el camino del ministerio, pues se colocó en el tercer partido liberal, que entonces el poder no miraba con buenos ojos, y fué uno de los 116 firmantes de la famosa petición de interpelación que provocó el mensaje del 12 de julio y el Senado-consulta que promete la vuelta del gobierno parlamentario. M. Bourbeau merecía asociarse al planteamiento del sistema, puesto que había contribuido á que se estableciera.

El nuevo ministro de Instrucción pública, el continuador de Boncenne, el profesor de la escuela de Poitiers no es mas que caballero de la Legión de Honor.

F. V.

Revista de Paris.

El mes de octubre adelanta, y sin embargo, los parisienses que abandonan la capital á principios del verano, no se dan prisa á volver; muy lejos de eso, nunca como en estos dias se ha hablado este año de expediciones y de viajes. La emperatriz ha emprendido su excursión á Oriente, y el emperador ha dejado el palacio de Saint-Cloud por la residencia de Compiègne, donde, segun se dice, piensa permanecer casi hasta fines de año. Los cronistas de la corte imperial piensan que hará en Paris una corta aparición el 29 de noviembre, para la apertura de las Cámaras, y luego regresará á Compiègne, donde ya le acompañará la emperatriz, de vuelta de su viaje, y entonces comenzarán las fiestas de costumbre en el palacio campestre.

La expedición de la emperatriz que, á la hora en que escribimos, debe haber llegado á Constantinopla, es hoy objeto de todas las conversaciones. No es de extrañar, pues las noticias que se reciben de la antigua Estambul cuentan cosas maravillosas acerca de los fastuosos preparativos que se están haciendo para recibir tan notable visita.

Hé aquí una lista muy en compendio de las magnificencias que se preparan:

Se están demoliendo varias casas para ensanchar la calle que conduce desde el palacio de Dolma-Baghtché á Top-Hané; se ensancha igualmente la calle que hay entre Top-Hané y Pera; se construye un paseo entre la orilla del mar y la embajada de Francia; se están empedrando con actividad las principales calles de la ciudad; se construye una carretera entre el plátano de Godofredo de Bullon y los depósitos de agua del bosque de Belgrado; se edifica un kiosco en Beikos, cerca del campamento de 20,000 hombres que se han reunido en obsequio de la emperatriz; se construye una carretera que desde Beikos conducirá á la montaña de los Gigantes; se prepara una silla de manos toda dorada cuyo coste ascenderá á cerca de 200,000 francos; se está enseñando á una hija de Kiamil-Bey y á una nieta de Kirtley-Mustafá-baja el arte de hacer saludos á la francesa y de andar con botitas de tacones; se construye un caiq ó góndola imperial con doce filas de remos y dosel carmesí y oro; y finalmente, se dispone la escuadra imperial que escoltará á la emperatriz.

Vemos pues, que el sultan es siempre el fastuoso soberano que hace las cosas en grande, para no desmentir la tradición que tantas suntuosidades atribuye á esos príncipes fantásticos de las *Mil y una Noches*.

Turquía y Egipto, hé ahí los dos países que en la actualidad fijan la atención de los parisienses.

La próxima inauguración del canal de Suez pone en movimiento á muchos curiosos.

Sin embargo, debemos decir que las invitaciones oficiales no abundan tanto como se esperaba: aquí como en tantas otras partes, son muchos los llamados y poquísimos los acogidos.

Pero esto no obstante, los que habían contado con un convite y se han llevado chasco, apelan al heroico remedio de sufragar los gastos de la expedición, y así sucede que en el dia se organizan varias caravanas con destino á los áridos países regados por el Nilo.

¿Qué de decepciones esperan á estos osados caminantes! Ya se habla de precios fabulosos en cuanto á casa y comida, y francamente, si tuviéramos que dar un consejo á las caravanas que con tanta alegría salen de Paris, sería el de llevar provisiones para hacer frente á una siquiera de esas dos terribles eventualidades.

No hay duda que estas excursiones suministrarán abundante pasto á las crónicas.

A propósito de viajes extraordinarios, los periódicos de esta semana, nutridos como de costumbre de noticias y de anécdotas procedentes de las diferentes estaciones termales de Europa, nos hablan de una expedición singularísima en la que figura como principal actor el correo de un príncipe ruso.

Parece ser que el año último, en lo mas fuerte del estío, el príncipe en cuestión se encontraba tomando las famosas aguas de Carlsbad, en la Bohemia.

Los que conocen esta residencia, tan frecuentada por los habitantes del Norte, dicen que no abundan en ella los atractivos, y que es preciso estar enfermo de veras para sufrir con paciencia una estancia de dos ó tres semanas.

Naturalmente el príncipe se aburría como todo el mundo, y hastiado de todo, no sabía qué inventar para distraerse, cuando hizo conocimiento con un conde alemán que había pasado algunos años en San Petersburgo.

¿Cuán diferente era el carácter del conde!

Al contrario del príncipe, que siempre tenía tiempo de sobra, á él no le bastaban las veinte y cuatro horas del dia para atender á sus ocupaciones.

— ¿Cómo hace Vd. para estar tan ocupado? le preguntaba con envidia el príncipe.

— Es muy sencillo: todos mis quehaceres me los he creado yo, y por consiguiente, son otras tantas distracciones.

— Bien, pero ¿qué hace usted?

— Escribo cartas.

— ¿De dia y de noche?

— Muchas horas me lleva mi correspondencia, en razón á que tengo que escribir á las cinco partes del mundo.

— ¿Y con qué motivo?

— Porque he viajado mucho, y en todas partes tengo amigos.

¡Viajar! El príncipe ruso estaba ya cansado de hacer viajes: conocía perfectamente la Italia, la Francia, la Suiza, la Alemania y la Inglaterra, y no se le había ocurrido extender algo mas sus expediciones.

Ahora bien, su amigo logró persuadirle de que el remedio mas eficaz contra el esplen era correr mundo, y observar los usos y costumbres de los pueblos que menos conocen los europeos.

¿Qué gracia tiene visitar Paris ó Londres?

El príncipe se decidió pues á viajar, á emprender, como si dijéramos una vuelta al mundo, y su amigo el conde alemán trazó un itinerario muy detenido, marcando cuidadosamente las ciudades, el tiempo que debía pasar en cada una de ellas, los medios de transporte, etc.

El itinerario en cuestión comprendía nada menos que la Europa, los Estados Unidos de América, y una buena parte de Asia.

— Está entendido, dijo el príncipe animándose ante las emociones que le esperaban: al concluir de tomar las aguas emprendo el viaje.

Como el príncipe disfruta de una fortuna opulenta, no repara en gastos cuando se trata de su comodidad, y así fué que comenzó por despachar á su correo para que le preparase habitaciones.

— ¿Ves este itinerario? le dijo cuando le mandaba lo que debía hacer, y entregándole una copia exacta del original trazado por el conde; pues bien, le seguirás punto por punto sin detenerte nunca mas de tres dias en el hotel donde debo yo hospedarme.

— ¿Sin esperar á usted?

— Sin esperarme jamás. Tú irás siempre delante.

Pues señor, es el caso que al cabo de eatorce meses de peregrinaciones, este fiel y puntual servidor acaba de regresar á Carlsbad.

Solo y siempre solo había recorrido varios países de Europa, la América del Norte, las Indias inglesas, el Egipto, el Asia Menor y la Turquía.

¿Y qué había hecho el príncipe entre tanto?

Cuando concluyó de tomar las aguas, se fué á descansar algunos dias en su casa, se abandonó á sus costumbres de ociosidad, renunció al viaje, y ni siquiera pensó en escribir á su correo para que regresara, no porque se hubiera olvidado de él, sino porque le era indiferente que se paseara su criado gastando á su antojo.

Volvamos nosotros á las cosas de Paris que, por cierto, no inspiran un gran interés esta semana.

Los parisienses se han cansado ya de las noticias relativas al espantoso crimen de que tienen ya conocimiento nuestros lectores.

El campo de Pantin está tan abandonado como antes, y lo único en que se fija la atención es en las numerosas pesquisas de la justicia para descubrir el cadáver del desgraciado Juan Kinck, el jefe de la familia tan horrorosamente asesinada.

Ya se ha explorado en Alsacia una extensión de terreno de mas de veinte leguas, y aunque ayer tarde se anunció que se había encontrado lo que con tanto empeño se busca, la noticia merece confirmación, pues se ha dado ya repetidas veces y siempre sale falsa.

Lo cierto es que con el sistema de silencio absoluto en que se ha encerrado Troppmann, será bastante difícil que se acierte con el lugar donde ha debido consumarse el primer acto del crimen.

Lo que sí vemos todos los dias, son los deplorables efectos que esta monstruosidad sin precedente en los anales judiciales, produce en ciertas personas, pues se citan diferentes casos de enajenación mental, explicable en ciertas organizaciones.

Por ejemplo, una señora ya de cierta edad, y en buena posición de fortuna, de carácter alegre, preocupada con las relaciones del crimen de Pantin, cambió completamente, se hizo cavilosa, uraña, y en fin, sus facultades mentales se turbaron.

Por todas partes veía asesinos que la perseguían, ó que abrían un hoyo en la tierra para sepultarla.

Dias pasados el administrador de sus casas necesitó una firma y la envió su escribiente; pero ella se negó á abrirle; tuvo que ir en persona, y con mucha dificultad consiguió calmarla y que le diera la firma que necesitaba.

Otra vez llamó á su criada y la mandó arrojar á la calle todos los cuchillos de la casa:

— No quiero aquí esos instrumentos de muerte, la dijo.

Y la criada no tuvo mas remedio que esconderlos para que creyera que se había ejecutado su orden.

Por último, se decidió á hacer una visita al prefecto para confiarle sus recelos y le suplicó que agregara á su perso-

na uno ó dos agentes de la policía de seguridad que la preservaran del puñal de los asesinos.

El resultado final de esta exaltación ha sido que esta desdichada señora se encuentra hoy en una casa de locos.

Pero hay mas: hay personas que se han dado muerte en un acceso de enajenación mental, jurando y perjurando que no habían tomado parte alguna en el crimen.

Luego tenemos tambien los explotadores de la curiosidad pública que suelen ser caballeros de industria de baja esfera.

Estos, cuando distinguen alguna de esas figuras que acusa su procedencia provinciana á larga distancia, se apoderan de la presa con el pretexto de hacer una visita al campo de Pantin; ¡ay! del que no tiene buen cuidado con su reloj y su porta-moneda.

Finalmente, no se puede andar por las calles sin que le ofrezcan á uno las fotografías de las víctimas, ó la vista del campo del crimen, ó el romance en que se refiere en versos de taberna.

Un fabricante de pañuelos se ha atrevido á anunciar que iba á poner en venta un surtido completo con los retratos de todos los individuos de la familia Kinck, incluso el del padre cuyo cadáver está sepultado aun en un lugar desconocido.

¿Qué mas? Se ha vendido por todo Paris el retrato de Juan Kinck, y despues ha resultado que es una imagen de pura invención, debida á uno de esos especuladores de mala ley que aprovechan todas las ocasiones para engañar al público.

Así es que la policía ha debido tomar cartas en el asunto y persigue severamente á cuantos encuentra vendiendo en las calles fotografías, medallas ó demás en relación con el crimen.

La prensa toda había clamado contra tan innoble especulación, indigna de un pueblo culto.

Concluyamos con nuestra ojeada de costumbre á los teatros de Paris que no han dejado de ofrecer obras nuevas en la última semana.

Desgraciadamente la calidad no está en proporción con la cantidad, si nos está permitido emplear tales términos.

Por todas partes las nuevas producciones han fracasado, lo que era tanto menos de esperar, cuanto que son debidas á escritores de talento que tienen hechas sus pruebas en el teatro, y cuyo nombre solo es una garantía.

Siguiendo el orden en que se han estrenado, debemos el primer lugar á *Tamara*, pieza en cuatro actos, de M. Mario Uchard, representada en el teatro del Vaudeville.

M. Mario Uchard es conocido en el mundo dramático por una pieza que hace ocho ó nueve años dió al Teatro Francés, con el título de la *Fiammina*. Obra notable, una de las que pueden figurar con honor en lo mas escogido del repertorio moderno, la *Fiammina* obtuvo un éxito prodigioso que aun en el dia se recuerda.

M. Uchard había guardado el silencio mas absoluto en todos estos años, y digámoslo sin rebozo, para su reputación de autor, habría sido preferible que hoy continuara en el mismo caso.

Tamara es una extraña concepción sin condiciones dramáticas, pues todo se reduce á diálogos interminables, sin acción, sin intriga, sin ningun interés: en suma, es una obra que tiene el nada envidiable privilegio de cansar la atención del espectador desde las primeras escenas, sin que haya en toda ella una situación que interrumpa esa monotonía constante.

Está por demás decir que su éxito ha sido poco lisonjero, y que el teatro del Vaudeville se apresura á buscar una indemnización en otra nueva.

Mucho de lo que acabamos de decir respecto de M. Uchard podemos aplicarlo á M. Eduardo Cadol, autor de una pieza en cinco actos estrenada en el teatro de Cluny, donde obtuvo un triunfo tan extraordinario con su comedia anterior *los Inútiles*.

Diríase que las grandes victorias teatrales son siempre precursoras de grandes derrotas.

La *Moneda falsa*, que así se titula la nueva obra de M. Cadol, en la que se fundaban grandes esperanzas, en vista de aquel antecedente tan favorable, ha sido severamente juzgada por el público y por la prensa.

A decir verdad, lo mismo que en *Tamara*, falta aquí lo esencial en toda fábula teatral: la acción, que no se reemplaza con tipos de personajes aislados, con cuadros de costumbres, con críticas mas ó menos fundadas de las preocupaciones sociales.

Nada mas difícil que hacer un análisis de tales argumentos. El de la *Moneda falsa* se reduce á la rehabilitación de un hombre que despues de haber sido amante de una princesa rusa se casa con ella al quedarse viuda y se consagra á labrar la felicidad de la hija de aquel á quien había engañado. En torno de este simulacro de intriga se mueven, como hemos dicho, una porción de personajes que pasan en el mundo por lo que no son y que quieren justificar el título de la *Moneda falsa*.

Hay sobre todo un médico homeópata que debe hacer las delicias de los alópatas.

Pero lo repetimos; esto no basta para constituir la acción, sin la cual no existe ninguna obra dramática.

Entre tanto el Teatro Italiano hacia este año una inauguración brillante de su temporada.

¡Fraschini y la Patti! Estos dos nombres que cada uno de por sí es suficiente para atraer á los diletantis, reunido como en *Lucia*, dan al espectáculo las proporciones de un acontecimiento musical de primer orden.

Nada nuevo anunciamos aquí diciendo que para la Patti y para Fraschini la ejecución de esta bella obra de Donizetti, ha sido una ovación continuada.

Con *Lucia* han alternado *la Traviata* y *el Barbero*, otras dos ocasiones en que los admiradores de la incomparable cantatriz han podido demostrar su entusiasmo.

M. Bagier ha proyectado este año una serie de conciertos para los días en que no haya función, en los cuales ofrecerá á sus abonados las grandes producciones de la música clásica.

La primera obra que se anuncia es el *Paraíso y la Perí*, poema en tres partes, tomado de Lalla Rookh, música de Roberto Schumann, en cuya ejecución tomarán parte los artistas, los coros y la orquesta del Teatro Italiano. Deseamos que esta tentativa obtenga un éxito feliz y á su tiempo daremos cuenta á nuestros lectores de su resultado.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LA TORMENTA.

Señor, retumba el trueno y el cielo se estremece;
Se aumenta por instantes la airada tempestad:
Señor, yo tiemblo á tu ira, y con mi espanto crece
De mi alma atribulada la fúnebre ansiedad.

Los senos se conmueven del Andes imponente,
Y nubes sobre nubes agrupa el aguilon:
¡Señor, vuelve á tus hijos, vuelve tu faz clemente,
Y aparta de los tuyos el rayo vengador!

Perdon, si en hora ingrata tus leyes olvidamos:
¡Ah! ¡yo tambien, incauto, tu senda abandoné!
En la hora del peligro, Señor, á ti clamamos:
¡Nos salve tu clemencia, nos valga nuestra fé!

CARLOS WALKER MARTINEZ.

Conor O'Mara.

TRADICION IRLANDESA.

(Conclusion.)

La noche se habia vuelto oscura y borrascosa. Conor anduvo algun tiempo á tientas, y al fin entró bajo un tinglado donde estaban amontonadas muchas gavillas y haces de heno. Desesperanzado de llegar al camino real antes de la madrugada, y deseando disfrutar de algun descanso, se echó en un rincon arreglándose lo mejor que pudo, y cerró los ojos; pero no logró conciliar el sueño tan pronto como hubiera querido; tan turbada estaba su cabeza con todo lo que le habia sucedido de tres dias á aquella parte, incluso el suceso de los buhoneros y los foragidos que los habian robado y maltratado. Embargábale tambien el segundo consejo de Fitz-Patrick, aunque no podia explicarse qué peligros hubiera corrido junto al hogar que acababa de dejar. Pronto reinó el silencio al rededor de la casa, denotando todo que la lluvia que estaba cayendo en nada turbaba á los habitantes de aquella morada hospedadora. Apagáronse las luces que brillaban en dos ó tres ventanas, y entonces Conor dijo para consigo:

— ¿Quién sabe si mi terror pánico me ha privado de una buena cama que me hubieran ofrecido despues de cenar?

De repente llega á sus oídos un ruido, escucha con atención, y ve un hombre á caballo que se apea debajo del tinglado y ata al animal junto á un haz de heno. Este jinete iba envuelto en una capa parda que echó sobre la silla del caballo, luego sacó una pistola y la preparó. A este sonido de siniestro agüero, el pobre Conor se metió debajo de una gavilla, no atreviéndose á mirar por miedo de ser visto. Afortunadamente el caballo estaba por medio entre él y el misterioso personaje. Este, creyéndose solo, dió algunos pasos fuera del tinglado, y entonces Conor se atrevió á alzar la cabeza, cuando se oyó un golpecito á una de las ventanas bajas de la casa, y al punto apareció una luz, á cuyo resplandor pudo cerciorarse nuestro irlandés de que el recién llegado, si era un ladrón, tenia al menos un cómplice que lo aguardaba. Conor tembló mas que antes; pero su propia seguridad le hizo estar muy atento. Animóse al fin hasta colocarse bajo el vientre del caballo, y no perdió una palabra de la conversacion que se entabló entre el jinete y una mujer asomada á la ventana.

— ¡María, soy yo!
— ¡Con que al fin cumples tu palabra!
— Y tú, ¿estás pronta?
— Sí, pronta á todo, con tal que prometas casarte conmigo antes del fin del año.
— ¿Y no es ese el motivo que me hace venir armado con puñal y pistolas como para un asesinato?

— ¿Podieras titubear cuando no hay otro medio de alcanzar mi mano?

— Yo solo titubeara ante un crimen inútil; pero ya que es preciso acabar con el viejo, ¿lo has dispuesto todo para que recaigan las sospechas en otra persona?

— La casualidad nos favorece; han llegado esta noche unos desconocidos, y será fácil acusarlos y hacerlos condenar.

— ¿Puedo entrar?

— Sí, ven, ten ánimo... lo demás corre de mi cuenta. Cesó el diálogo, el hombre se encaminó á la puerta; esta se abrió, y entró en la casa.

Figúrese el lector la calentura que le entró al pobre Conor. ¡Ah! si hubiera sido tan valiente como honrado, hubiera gritado, despertado á todos, y quizá impedido una horrorosa tragedia. Su conciencia le reconvenia su cobardía; pero esta superó á todo, figurándose que al menor grito le caería encima el jinete cuya fuerza le parecia igual á la de un gigante.

— Seria una víctima mas, se dijo. Al menos quiero armarme de pruebas irrecusables contra el crimen que no puedo impedir.

Entonces Conor sacó las tijeras que habia comprado á los buhoneros para su Nelly, y cortó de la capa colocada sobre la silla un pedazo de paño debajo del cuello, luego hizo tres agujeros con la punta de las tijeras en el cuero de la brida, pero tan pequeños, que era imposible advertirlos, á menos de haberlos hecho.

Tomadas estas precauciones, salió del tinglado en el momento en que creyó oír un sordo gemido que le despedazó el corazón; halló el camino y echó á correr mas bien que á andar.

Aquella misma mañana al amanecer, Conor atravesaba la frontera del condado de Clare, no faltándole mas que veinte y ocho millas para llegar á su aldea.

Al pisar el suelo patrio, sintió que un nuevo vigor calaba por todos sus miembros, y á las seis de la tarde distinguió al fin la chimenea de su humilde morada. ¡Oh dicha! Nelly estaba en el lintel de la puerta, vueltos los ojos hácia el camino, como si un presentimiento la hubiese advertido de la llegada de su marido. Pronto la conoció, llamó á sus hijos, y corrieron todos al encuentro del venturoso Conor. ¡Cuántos abrazos y caricias del marido á la mujer y del padre á los hijos!

Pero cuando llegaron á las explicaciones y Conor tuvo que confesar que volvia con los bolsillos vacíos, toda la familia quedó atónita, y Nelly tuvo la franqueza de recibir sin dar gracias las tijeras, que eran una prueba de que el nuevo Ulises no habia olvidado á su Penélope durante su larga ausencia. La buena mujer se imaginó que Conor no referia las cosas como eran, y le exigió una narracion circunstanciada de sus aventuras.

Conor no se hizo de rogar, y empezando por el principio cual sencillo narrador, repitió palabra por palabra los consejos que le habia dado el labrador de Kilkenny en cambio de las ochenta guineas que le debía.

— ¡Cómo! exclamó Nelly interrumpiéndole, ¿es eso lo que nos traes al cabo de tres años de trabajo? ¿así vuelves con los bolsillos vacíos como cuando te fuiste?

Esta reconvenccion de Nelly recordó á Conor la segunda torta que Fitz-Patrick le habia encargado tanto.

— Me olvidaba, le dijo, que la señora Fitz-Patrick te manda una torta amasada por ella misma.

Descosióse al punto la faltriguera.

— Veamos, dijo Nelly, si las mujeres de Kilkenny amasan mejor que las de Clare; los pobres hijos de Conor se desojaban, porque hacia tiempo que solo conocian las patatas por único alimento; pero ¿cuál fué el pasmo de toda la familia, cuando, al partir la torta, se descubrió una bolsa con ochenta guineas y una carta cuyo contenido fué deletreado por el hijo mayor de Conor, que habia llegado á ser en su ausencia un buen discípulo de la escuela gratuita de la parroquia.

« Mi querido Conor, espero que esta carta llegará á su direccion, porque está escrita para el correo que la lleva; conociéndote crédulo y sencillo, corriais riesgo de llegar á tu casa mas pobre que saliste, si no te obligara á hacer caso de los consejos que cuento darte de balde, pero que valen realmente las ochenta guineas que creerás haber dado por ellos.

» Toma tambien este otro de balde: No basta tener dinero, mi querido Conor; es preciso saberlo emplear. Haz buen uso del tuyo, y que Dios te bendiga como lo desea tu antiguo amo

» Jaime FITZ-PATRICK. »

Leida la carta, Conor y su mujer devolvieron al que la habia escrito redobladas bendiciones, y pidieron al cielo que se encargase de su gratitud. Luego, como este incidente no habia hecho mas que suspender la curiosidad de Nelly, Conor no tardó en satisfacerla plenamente, y la familia no escuchó sin estremecerse la aventura de los buhoneros robados y maltratados, y sobre todo los misterios de la noche pasada, en que todo indicaba al parecer que Conor habia estado expuesto á que le achacaran un delito horrendo. ¡Cuán preciosos le parecieron á la mujer de Conor los consejos de Fitz-Patrick, habiéndose librado milagrosamente su marido de los ladrones y del ciego juicio de los hombres!

A veces la prudencia se adquiere con la riqueza: Conor y su mujer, despues de haber contado mas de una vez sus guineas, decidieron guardar el mas completo silencio sobre todas las aventuras de este feliz regreso, por miedo de excitar la codicia de sus vecinos. Solo al cabo de seis semanas, cuando las guineas estuvieron bien empleadas, segun el consejo de Fitz-Patrick, en dos hermosas vacas y seis cerdos; solo entonces, repito,

se apoderó un remordimiento del propietario de la cabana trasformada en una pequeña granja. Preguntóse ¿qué seria lo que habria sucedido en la casa de que felizmente se habia escapado? y ¿cuál habria sido la suerte de los dos viajeros que allí dejó? El discreto Conor fué á verse con el señor Corbett, juez de paz del condado de Clare, y le declaró cuanto habia visto y oído desde su salida de Kilkenny.

— ¡Desgraciado! le dijo el juez de paz, acaso por culpa vuestra se condena á dos inocentes á la pena capital! hoy debe verse la causa en Limerick.

— No lo quiera Dios, dijo Conor espantado.

Llamó el juez á su criado y le mandó ensillar al punto su caballo.

— ¿Habeis guardado el pedazo de paño? añadió dirigiéndose á Conor.

— Aquí está prendido con un alfiler, dijo Conor.

Entonces el juez escribió una carta, y entregándosela á Conor, le dijo:

— Toma mi caballo, corre á Limerick, y no te apees sino á la puerta del tribunal, donde se te admitirá ante el jurado con esta carta dirigida al juez mi compañero. No pierdas un momento, acuérdate que llevas la vida ó la muerte de dos inocentes.

En menos de tres horas Conor llegó á Limerick, y habiéndose apeado á la puerta del tribunal, fué admitido ante los magistrados.

En efecto, aquel mismo dia se debia fallar la causa de dos hombres acusados de haberse introducido en casa de un rico colono para asesinarle y rolarle durante la noche. La acusacion estaba apoyada por la esposa de la víctima, que acababa de hacer su declaracion con mucha serenidad. Segun ella, los dos asesinos la habian atado al pié de la cama tapándole la boca y los ojos, en cuyo estado la habia hallado al amanecer la criada, quien habia alarmado al punto toda la comarca. Los dos reos, aprehendidos con un bolsillo lleno de oro y papeles pertenecientes al colono cuya sangre estaba clamando venganza, habian aparentado la ignorancia mas cabal de lo que se les imputaba; pero todas las pruebas hablaban contra ellos; la elocuente defensa de su abogado no habia causado ninguna impresion.

Al cabo de una hora de deliberacion, los miembros del jurado entraban en la sala para dar su fallo, cuando el juez de paz se levantó de su asiento, y presentó al presidente una carta abierta. Sorprendióse el magistrado de la interrupcion; pero habiéndose enterado de la carta, pareció conmoverse vivamente, y habló en estos términos al jurado:

— Señores jueces, ocurre una circunstancia extraordinaria; acaba de llegar un nuevo testigo pronto á declarar en favor de los dos presos. Me juzgaria indigno del cargo que desempeño, si no os suplicara que volváis á ocupar vuestros asientos y suspendais por algunos instantes una sentencia que pudiera ser algun dia para nosotros una causa de remordimientos.

El abogado de los dos acusados invitó entonces al nuevo testigo para que prestase juramento. Adelantóse Conor, y todos notaron la impresion que su presencia inesperada causaba á la joven viuda, sentada junto á un joven alto con quien habia consultado á menudo durante la vista de la causa; miró á Conor y manifestó reconocerle volviendo la cabeza hácia otro lado. Conor, alentado por una mirada del abogado defensor, tomó entonces la palabra:

— Milor, dijo, antes de hacer mi declaracion, suplico á vuestra señoría que mande guardar las salidas, porque, si no me engaño, los verdaderos delinquentes se hallan aquí.

A estas palabras, la joven se cubrió el rostro con el pañuelo, y su vecino se abrochó la capa en ademán de salir. Conor se atrevió entonces á empezar su narracion, y un murmullo lisonjero del auditorio le probó que su buena fe parecia evidente. Animándose por grados y llegando casi á ser elocuente, se volvió hácia la mujer delincuente y dijo, señalándola con el dedo:

— Esa es la mujer que se asomó á la ventana para hablar con el jinete; su voz bastaria para reconocerla si hablara despacio al hombre que está junto á ella... Y ese hombre es el asesino; le reconozco en la estatura, el bigote y la capa de la que he guardado una muestra; examínese si le falta este pedazo de debajo del cuello, que con tanto cuidado se ha abrochado.

Esta singular confrontacion, esta prueba, de que nada recelaba el nuevo acusado, le llenó de terror, como tambien á su cómplice. Mientras que miraban la capa, Conor añadió:

— Presente ese hombre la brida de su caballo, y se hallarán tres agujeros que yo mismo hice con la punta de mis tijeras.

Conor no hubo de añadir nada mas, pues el asesino confesó la verdad; su cómplice se desmayó, y los dos colonos, librados de una muerte afrentosa, alzaron las manos dando gracias al cielo.

El juez dirigió entonces una alocucion al jurado, y este dió por nula la acusacion. Expidióse al punto un auto de prision contra los verdaderos delinquentes, quienes fueron enviados á la cárcel hasta el dia siguiente en que debian ser juzgados.

La parte milagrosa y dramática del testimonio de Conor le hubiera merecido muchas atenciones en Limerick, si hubiese querido acceder á la curiosidad general; pero se dió prisa á volver á su cabaña, despues de haber abrazado á los dos colonos cuya vida y honor acababa de salvar. Su querida Nelly le aguardaba con impaciencia; continuaron viviendo dichosos, criando á sus hijos en el temor de Dios, y repitiéndoles á veces los buenos consejos de Fitz-Patrick. M. DE F.

Incendio en Burdeos.

El 28 de setiembre un buque belga, el *Comte de Hainaut*, llegaba con un cargamento de 1,409 cajas de esencia de petróleo y 100 barriles de aceite de petróleo, y los consignatarios pedían licencia para desembarcar esta peligrosa mercancía. De día se hizo la operación: dos barcas de cien toneladas se emplearon en ella. Sobre vino la noche, y un aduanero llamado Bosset pidió luz para firmar el permiso de circulación de una de las barcas, llamada *Sainte-Trinité*. Un grumete encendió un fósforo en su chaqueta... se oyó una formidable explosión, y grumete y patron fueron lanzados al Garona por una fuerza inmensa: la barca se convirtió en un

terrible brulote con un cargamento infernal de 70,000 kilogramos de materia incendiaria.

Las cajas de esencia de petróleo son de hojalata doble; pero esto no basta, pues por una causa ó por otra, las cajas acaban siempre por rodearse de una atmósfera inflamable. Solo con una lámpara Davy habria debido echar su firma el aduanero. En medio del Garona habria debido tomar tantas precauciones como en el fondo de una mina de hulla del Lancashire.

El capitán del puerto, en vez de llevar la *Sainte-Trinité* hacia la parte baja del rio, tuvo la fatal idea de encallarla en las arenas. Durante algunas horas la barca arde en medio del Garona; pero la marea la vuelve á poner á flote. El capitán del puerto tomó entonces la espantosa resolución de dar barreno al buque, y con esto multiplicó el número de los hogares flotantes que

se dirigen hácia el puente de Burdeos en medio de la estupefacción general.

Los hachazos de los gastadores no tardan en producir un efecto mas terrible aun que el fósforo del grumete de la barca: se oyen nuevas explosiones, y cien mil espectadores pueden contemplar el espectáculo horrible y grandioso de un incendio que flota en la superficie de un gran rio.

En este momento suena la campana de alarma. La guarnición acude; tratan de organizar socorros, pero el fuego continúa su marcha.

Un hombre, un héroe cuyo nombre ha quedado ignorado, se acerca al rio de fuego, y arroja al agua cuantas cajas puede alcanzar.

Todas las embarcaciones menudas prestaron preciosos servicios en aquella noche siniestra: sin ellas los

Estudios históricos.

REFLEXIONES SOBRE EL REINADO

DE DON PEDRO I DE CASTILLA.

(Conclusion.)

Seguia en tanto el bastardo su marcha victoriosa, y era aclamado generalmente por rey de Castilla. Reconocido por tal en toda la Andalucía, marchó á Galicia con el objeto de tomar ciertos puntos, sumamente adictos al verdadero monarca; pero no pudiendo alcanzar lo que deseaba á causa de la defensa que le oponia el

Una hora despues, el mismo casco inflamado, que no se consiguió apagar del todo, empujado otra vez por la corriente, sembró de nuevo el espanto en el puerto.

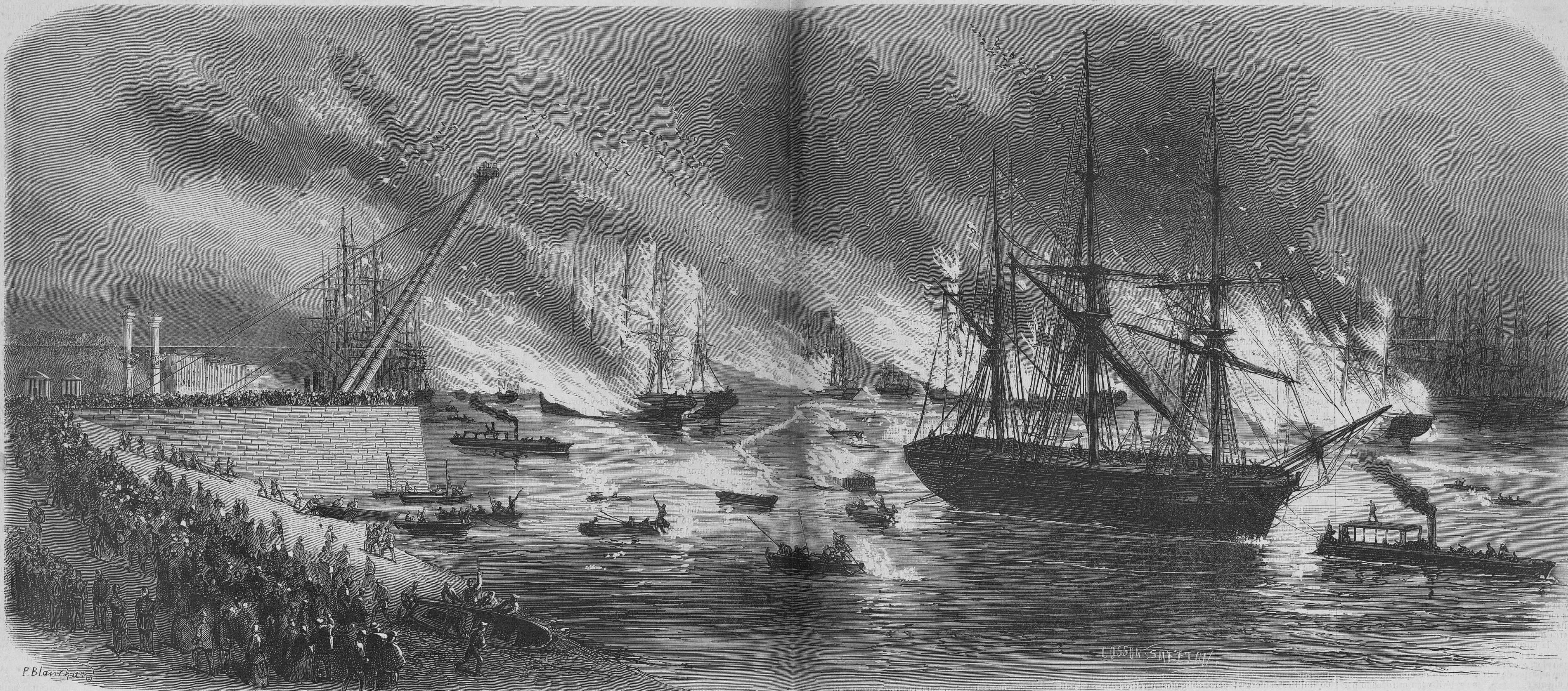
Practicanse nuevos esfuerzos para impedir otras desgracias; consiguiese sujetar el casco, pero en breve no pudiendo resistir la amarra que lo detiene á la fuerza de la corriente, se rompe, y el casco queda libre y sigue su curso. Algunos hombres saltan á bordo de un buque, consiguen sujetar el casco incendiado y arrastrarle hácia tierra, y gracias á Dios, un buen éxito corona sus esfuerzos. Aquella masa candente y sujeta ya para no moverse mas del sitio á que se la redujo, continúa ardiendo sin amenazar ya propagar el fuego al grande y rico barrio de los Chartrons.

Calculábase en cien mil almas la muchedumbre deseminada desde el puente hasta el muelle de Lormont,

mientras que el Garona parecía cambiarse en un afluente de los rios infernales escritos por el Dante. Esa muchedumbre cuya silueta se distingue en nuestro dibujo, estaba aterrorizada.

Los resultados del siniestro son los siguientes: 16 buques totalmente quemados, y entre ellos, algunos de 800 toneladas que acababan de salir de los astilleros; 5 buques medio consumidos y reparables, un número considerable de palos rotos ó quemados. El total de las pérdidas subirá á algunos millones, cifra enorme, pero que habria sido mucho mayor sin el celo de todas las administraciones y de los ciudadanos.

W. DE F.



BURDEOS. — Aspecto general del incendio de los buques surtos en la rada en la noche del 28 de setiembre.

doscientos buques de mar que estaban en la rada habrian sido otras tantas presas del incendio.

Siete faros principales de incendio habia en el rio en el momento que eligió nuestro artista para representar tan horrible escena. Gracias á la posición que tomó, pudo figurar cinco de aquellos centros de devastación.

El buque que arde delante del espectador, es el *Tourny*, capitán Broglie, que habia completado su cargamento, y que por no haber terminado las formalidades de aduana, no navegaba ya para Buenos Aires.

El *Tourny*, presa de las llamas por completo, seguia la corriente dirigiéndose hácia los *Trasatlánticos*. Tras él iban varios pequeños vapores procurando detener con garfios aquella masa candente, pero la madera del buque, hecha ascuas, cedia siempre. El peligro era inmi-

nente. Al fin, una de las *Góndolas*, mas afortunada que las demás embarcaciones, consiguió introducir un garfio en un anillo del timon, y auxiliada entonces por las *Hirondelles*, pudo arrastrar aquel foco de llamas hasta Quevries y hacerle encallar en un banco de arena, evitando así nuevos desastres.

A cosa de la una y media de la noche un casco de buque vino á estrellarse contra los diques de enfrente de la calle de Borse. Ese casco, que estaba ardiendo, chocó con una fragata norte-americana y con otra francesa, á las cuales comunicó el fuego. Al ver este nuevo peligro, apoderóse el terror de las tripulaciones de todos los buques inmediatos, las cuales abandonan en el acto la obra muerta, y al intentar sustraer del riesgo á las embarcaciones, estas chocaron unas contra otras, y

en número de diez á doce emprendieron la fuga rompiéndose mutuamente, en medio de aquella confusión una gran parte de su arboladura.

Entre tanto los vecinos de Chartrons, que llenaban el muelle, comprendieron muy luego que su barrio corría riesgo, y con gran decisión hicieron los mayores esfuerzos para evitarlo. Algunos hombres se lanzaron dentro de una embarcación, y procuraron detener á todo trance el casco de buque incendiado que en tan terrible trance puso al puerto.

La ansiedad era grande: si esa embarcación llegaba á incendiarse, las quince ó diez y seis que la seguian, y que estaban muy juntas por precisión, debian ser presa de las llamas. Al fin, consiguió apartar el casco incendiado, y evitar de este modo nuevas desgracias.

governador Fernando de Castro en Lugo, hizo un pacto con él, en el cual se ponía como ley principal, que si en el plazo de cinco meses no socorria Don Pedro á Galicia, entregaria el dicho gobernador á Don Enrique las villas que pedia.

Haciase en tanto en Bayona una liga (1367) entre el príncipe de Gales, el rey de Navarra, y Don Pedro de Castilla, la que tenia por objeto proteger al último y arrojar al bastardo del trono de San Fernando.

Recibió Don Enrique la noticia de estos preparativos en Búrgos, donde juntó su gente y se dispuso para defenderse á su tiempo. Con malos auspicios se presentaba la guerra para el bastardo, pues se vió de repente abandonado por Hugo de Caverley y sus compañías blancas, que, sabiendo la aproximación de los ingleses

sus hermanos en favor del verdadero rey, se retiraron á unirse con sus compatriotas.

Cárlos de Navarra formaba un doble pacto con los hermanos enemigos. Habia prometido á Don Enrique no dejar pasar por sus estados gente ninguna que marchase contra él; pero temeroso de Don Pedro, en cuanto este penetró por sus estados, seguido de los ingleses, no solo le franqueó su país, sino que le facilitó algunas lanzas mas, encerrándose en su castillo para dispensarse de asistir á un combate donde debia señalarse la suerte de dos enemigos hermanos, que tan bien habia él engañado.

Avanzaba en tanto el llamado rey de Castilla hácia la frontera con sus tropas, compuestas de gente escogida de Castilla y de Francia, al mismo tiempo que, franquea-

do el Pirineo y atravesada parte de la Navarra, se internaba el destronado rey por Logroño, enviando desde allí un mensajero al bastardo.

Despues de algunos encuentros parciales entre ambas vanguardias, se encontraron, por último, los dos ejércitos cerca del rio Nagerilla y á poca distancia del pueblo de Nájera. Fué terrible el choque, y tanto que, rotas las lanzas, tuvo que echar mano de las hachas y espadas. Mantuviéronse algun tiempo sin cesar ambas partes; pero rota el ala izquierda de Don Enrique por la huida de Don Tello que la mandaba, y á pesar de los esfuerzos de don Sancho, Duguesclin y el mismo bastardo, fueron derrotados, hecho prisionero Duguesclin, muertos muchos caballeros principales y obligado á huir precipitadamente el que, peleando como un valiente

toda la batalla, tuvo que devolver al verdadero rey la corona de Castilla.

Mientras que el bastardo huía á Aragón, Don Pedro, abusando de las ventajas que tuviera, mataba sin compasión á todos los prisioneros que habia cogido, tales como Iñigo de Orozco, Carrillo de Quintana, Sancho de Moscoso, comendador de Santiago, y Gil Tenorio, pidiendo á su aliado al mismo tiempo los prisioneros que tuviera en su poder, entre los que se encontraba el terrible Bertrand Duguesclin.

El príncipe de Gales, tan generoso con los vencidos como grande con los desvalidos, habia hecho jurar á Don Pedro que ninguno de los prisioneros que se cogieran en la batalla debían ser muertos por ningún título. El rey, faltando á su palabra, ahora le exigía los que tenia en su poder para hacer con ellos lo que habia hecho con los suyos; y esto irritó al príncipe inglés, que echó en cara á Don Pedro su crueldad. Irritóse á su vez el monarca castellano, y no hubieran terminado bien las cosas si no recordara el uno lo que debia al otro.

En efecto, ni el príncipe inglés habia sido pagado, ni lo estipulado cumplido. Pedro, con su natural doblez, ofreció lo que no podia cumplir. Habia de llegar un tiempo en que Castilla iba á pagar la falta de caballerosidad de un rey.

Cuanto mas instaba el de Gales, mas confianza y mas palabras le daba el castellano. Al fin, pacificado el noble inglés algun tanto, partió el monarca castellano á Búrgos, donde juró por los Evangelios y estipuló nuevamente con el inglés que le recordaba el ofrecimiento del señorío de Castrojeriz y el de Soria á su condestable Juan Chandos. Don Pedro asentía á todo, y á todo hacia rostro, para luego ensañarse con los que le recordaban sus faltas.

IV.

Apenas era entrado Don Pedro en Búrgos cuando ya daba rienda á su malhadado carácter. Mandó prender á un partidario del bastardo, llamado Juan Cordolledo, haciéndole encerrar asimismo en un castillo, y apurado por la falta de dinero para cumplir con los ingleses y la resistencia de los vizcaínos que no querían ser gobernados ni dirigidos por un extraño, pasó á Toledo, y de allí á Córdoba, donde hizo matar en una noche diez y seis señores principales, solo porque aquella ciudad habia sido la primera en abrir sus puertas al usurpador bastardo.

Don Pedro sin duda, iba sediento de sangre. Ni las victorias, ni las desventuras pasadas, podían hacer mudar de carácter á un rey, perdido por sí mismo. De Córdoba marchó á Sevilla, y á los pocos momentos de haber entrado en esta ciudad, teatro de sus dias mas felices, mandó matar á Gil Bocanegra, á Juan Ponce de Leon y á doña Urraca de Osorio. No le bastó aun inmolarse á su capricho y por su venganza rencorosa, á un sexo débil, pues Martín Yañez, que huía creyéndose seguro, fué cogido y muerto. Esto, como dice muy bien y con mucha gracia un historiador de nuestros dias, prueba que si no era Don Pedro JUSTICIERO, era por lo menos AJUSTICIADOR (1).

Martin Lopez, fué avisado por el rey para que matase varios caballeros que le indicó; pero este, sabiendo lo que debia hacer con un designio que previa, avisó á los mismos que debiera matar, para que se guardaran del monarca castellano.

Aun no le bastaba á aquel rey, sediento de sangre, y que no pudiera presentárnoslo igual en esta época la historia de Roma en sus tiempos de decadencia; aun no le bastaba, decimos, la sangre que habia derramado, y sabedor del hecho de Martin Lopez, le hubiera inmolado á su rencor cruento, si no se interpusiera el rey de Granada, que hasta necesaria fué la mediación de un extraño.

Merodeaban en tanto por Castilla las tropas del príncipe Eduardo y Juan Chandos, esparciéndose por las villas y aldeas, y por todas partes dejando la peste, el hambre y la desolacion. Porque los caballeros ingleses, confiados en el monarca castellano, creyeron en un principio sus promesas, que al cabo salieron como las de un monarca que no sabia gobernar entonces de otra suerte que por la cuchilla. Dispusiéronse, pues, los ingleses á retirarse, y el príncipe negro, maldiciendo un rey falaz y engañador, y con la décima parte de su gente, pues las nueve partes de ella perecieron de epidemia, abandonó el pais castellano, tan estéril y tan estropeado por la guerra, y esparciendo á su paso por los estados que atravesaba, noticias que apartaban de Don Pedro las pocas simpatías que le restaban.

Hallábase á la sazón Enrique de Trastámara en Avignon, al lado del papa Urbano V, y viendo la buena ocasion que se le presentaba por el estado de Castilla, y al mismo tiempo sin desmayar en su empresa de usurpacion, solicitó el amparo del rey de la Iglesia y del de Francia, con mas empeño y bríos que nunca para alcanzar la corona, que á pesar de los desmanes del que la ocupaba al presente, por ningún título pertenecía á un bastardo. Muchos caballeros, prisioneros en Nágera por el príncipe de Gales, volvían al lado del bastardo ya libres, acompañados de otros que, perteneciendo antes á las banderas de Don Pedro, desertaban al ver lo mal

que se pagaban los servicios en Castilla. Hallábase entre los primeros el célebre capitán francés Duguesclin, y contrató con Enrique reunirse con él á su segunda entrada en Castilla acompañado de cierto número de lanzas, mientras que el papa ayudaba al bastardo con socorros y dinero, y que el rey de Francia le daba gente bastante para equipar su marcha contra Castilla.

Preparado todo, entró Don Enrique en Aragón por el Pirineo, á pesar del rey Don Pedro el Ceremonioso, que, amigo antes del bastardo, y ahora enemigo, colocara avanzadas que impidiesen la entrada de extraños.

Estas avanzadas con algunos cuerpos diseminados que se hallaron en el camino, fueron deshechas por las tropas del bastardo, que pasó el Ebro, se dirigió á Calahorra, y llegó á Búrgos que le abrió sus puertas en seguida, y donde dió libertad á Felipe de Castro, preso en Nágera, cayendo despues sobre Leon, rendida á los pocos dias.

Pronto quedó dueño del Norte de Castilla, y de Galicia y Asturias; pero su marcha impune se estrelló ante las murallas de Toledo, cuyos habitantes, partidarios acérrimos del rey legitimo, se resistían valerosamente, á pesar de los diversos asaltos y ataques formidables que se intentaban.

Los cordobeses en tanto, que, al contrario de los toledanos, querían con pasión al bastardo y aborrecían al rey, clamaban por aquel; y Don Pedro, que entonces se hallaba en Sevilla, temeroso é irritado al mismo tiempo, solicitó el amparo del rey de Granada, su amigo, que acudió en su socorro con unos tres mil peones y algunos caballos, poniendo en seguida sitio á Córdoba.

Tomada una parte de los bastiones por los moros y cuando creían ya tenerlo hecho todo, hicieron los sitiados una salida, alentados por sus propias mujeres, y pasando á cuchillo un número considerable de infieles, los arrojaron por encima de los adarves, recuperando lo perdido, haciendo retroceder al enemigo hasta mas allá de las avanzadas y obligándole á levantar el sitio.

Mientras que Don Pedro no muy contento del poco éxito de su empresa, marchaba á Sevilla para juntar gente, y las tropas moras de su servicio merodeaban por los alrededores, ocurrían no menos terribles desastres hácia la parte de Navarra. Carlos el Malo, viendo el abandono en que se encontraban los estados castellanos y las disensiones que se movían desde el Norte al Sur, penetraba por ellos, y despues de sitios largos, tomaba á Salvatierra, Vitoria y algunas otras poblaciones de la Rioja, que, viéndose abandonadas por Don Pedro y con pocos recursos se entregaban al navarro por no caer en manos del bastardo, que ocupado enteramente en el sitio de Toledo, tramaba combates todos los dias con los ardientes partidarios del monarca desventurado. Estos combates, aunque bien sostenidos, no podían durar mucho tiempo, y el castellano rey, indeciso en su marcha, puso los ojos en sus defensores, y marchó á socorrerlos con todo el corazon de un valiente, dejando en buen lugar su tesoro y retirados sus hijos en Carmona. Salía de Sevilla para socorrer á los de Toledo con unos tres mil jinetes, y de estos la mayor parte, mas de la mitad, eran árabes, los mismos contra quien se llevaban ya tres siglos de guerra por los ascendientes de un rey que tenia por necesidad que valerse de sus mismos enemigos.

¿Qué hacían los castellanos, que en vez de aliarse á su verdadero rey, corrían á las banderas de un bastardo? Temían y por eso desertaban. Si Don Pedro no hubiese llevado una vida inconsecuente hasta el fin, espadas y corazones hubiera hallado para defender su causa. La suerte de Castilla empero estaba decidida. Supo Don Enrique bien pronto la marcha de su hermano sobre Toledo, y dejando en esta ciudad la gente necesaria para continuar el sitio, mandada por Gomez Manrique, corrió con mil cuatrocientos caballeros á encontrarse con Don Pedro. Incorporáronsele en el camino seiscientos jinetes mandados por Duguesclin, que, fiel á su palabra, se reunía al bastardo, que le agradeció el refuerzo, llegando la reunida hueste, á dar vista á la mañana siguiente (13 de marzo de 1369) al campamento del rey.

Sorprendiéronse las tropas de Don Pedro notando las bien aprestadas centurias del bastardo; mas no obstante, se aprestaron á la batalla en toda la noche que precedió al siguiente dia. No bien hubo señalado el sol la línea de horizontes, cuando formados ambos ejércitos se dió la señal y corrieron á encontrarse. Muy poco duró el choque. Los árabes, aliados al castellano, huyeron vergonzosamente antes que se viniera á las manos, y los castellanos retrocedieron al empuje terrible de las lanzas bretonas de Duguesclin. No obstante, Don Pedro y algunos caballeros castellanos pelearon como héroes haciendo inútiles esfuerzos; pero obligados á retroceder se encerraron en Montiel. Bien pronto conocieron los desgraciados cuán mal habian hecho en acogerse al castillo. Rodeados por las tropas castellanas, se estableció una muralla provisional con un cordon de centinelas para impedir toda salida ó sorpresa, cortóse la comunicacion de los fosos, deteniéndose al mismo tiempo cualquier acémila ó viveres que marchasen hácia Montiel. Las tribulaciones eran cada vez mayores para los sitiados, pues los alimentos escaseaban y con ellos la vida y la esperanza de los caballeros valientes que al necesitado monarca acompañaban. En medio de estas ansias, que debían terminar de una manera infame, un caballero del castillo, llamado Men Rodriguez de Sanabria, queriendo sacar á Don Pedro y á los suyos de tan mala posicion, y de acuerdo con él, ofreció al aventurero Duguesclin (si se resolvía á hacer salir secretamente de Montiel á su señor) el señorío de muchas villas y castillos con una gran suma de dinero.

Manifestó extrañeza al principio Bertrand de que se

hubieran dirigido á él para intentos tan bajos; pero el caballero español, rogándole pensase bien aquella proposicion se separó de él hasta el siguiente dia. Retiróse Duguesclin á su tienda, donde reunido con otros caballeros de su confianza, no tardó en darles cuenta de lo que pasara, y ellos persuadiéronle entonces que lo contara al bastardo, lo que ejecutó sin tardanza. Agradeció Don Enrique esta confianza, persuadiendo al mal caballero para que contestase al de Sanabria afirmativamente, y que trajera á su tienda al castellano, añadiendo que si ya el destronado rey le ofreció villas y lugares, él le doblaba la recompensa.

Habló Duguesclin en su consecuencia al de Sanabria, diciéndole que habia pensado bien lo que le habia dicho, y que por tanto, resuelto á salvar á Don Pedro, le citaba para aquella noche en su tienda, de donde partirían fuera del campamento. Contentó Men Rodriguez en sumo grado, y sin traslucir la traicion que se le urdía, separóse del francés y hablando al castellano rey, aquella misma noche salieron de Montiel con algunos caballeros. El rey iba armado completamente, y á caballo como los que le acompañaban, y guiado por Sanabria, llegó la cabalgata á la tienda de Bertrand, quedándose ocultos en la oscuridad. El genio vivo é impaciente del rey no podia sufrir la tardanza ya algo larga del francés, así fué que, desmontando de su corcel, penetró ligeramente en la tienda, donde viendo á Duguesclin, le indicó era tiempo de marchar. Un murmullo que se escuchó entonces fuera, hizo sospechar ya al rey desventurado; aquel rumor era que prendían á todos los caballeros que le acompañaban. Quiso volverse, pero al salir por entre las cortinas de la tienda, observó muchos soldados armados y caballeros que le cerraban el paso, al mismo tiempo que el bastardo armado completamente, entraba en ella seguido de algunos de su confianza.

Don Pedro, conservando toda su entereza y toda su majestad, que eran sus dotes naturales, se presentaba á Don Enrique, que retrocedió un momento, reponiéndose al punto, cuando uno de los que le acompañaban, tocándole en el brazo, y señalando al sereno monarca, mirad, le dijo, que ese es vuestro enemigo.

Adelantóse el bastardo, casi al tiempo que el desventurado rey, ahogado por la rabia, decia: ¡Ah traidor! ¿borde aquí estais? Sí: yo, yo soy vuestro enemigo; y abrazándose, ambos cayeron rodando por el suelo. Don Pedro, como el mas fornido, cayó sobre Don Enrique, y se dispuso á rematarle; pero Duguesclin, acabando la traicion con la infamia y la felonía, apartó los caballeros, hizo que salieran de la tienda, y agarrando al rey con su mano hercúlea, le volvió, colocándole debajo, al tiempo que el bastardo fratricida hundía la daga en la garganta del malaventurado rey Don Pedro I de Castilla. Treinta y cuatro años y cuatro meses contaba este monarca, digno de mejor suerte; este monarca que en los primeros años de su reinado dió tan buenas leyes, y que por su incontinencia, sus pasiones y su desgracia, hizo desventurada á la Castilla, que le odió últimamente, cuando conoció que no remediaba sus males. Diez y nueve años de reinado, sin cesar en ellos aquel rencor sangriento peculiar del rey, y cuya alianza con los moros hizo que el pueblo castellano admitiese un bastardo, indigno de la corona de Castilla.

Con la muerte del rey Don Pedro, bañada en sangre la diestra mano, ocupó el trono Don Enrique, llamado el de las Mercedes, porque acallaba las exigencias de los grandes con donativos. Y sin embargo, Enrique el bastardo, el regicida, el fratricida, se mantuvo en el trono, y mantuvo sus estados sin desmembrarse, y Castilla le amó. ¿Qué mas prueba podríamos dar con el erudito señor Lafuente (1) del cansancio de los castellanos que el admitir por rey, á pesar de los defectos indicados, á un bastardo? La verdadera rama hereditaria acabó en Pedro el de Castilla para empezar la bastarda.

José G. JOVE y F. LUNA.

Tres dias en Nápoles.

I.

Despues de una representacion de los *Puritanos* en *Keng's-Theatre* en Lóndres, en el mes de julio de 18... salí con el célebre artista L... para respirar un poco el fresco en *Porthandh-Place*. El dia habia sido caloroso y lo mismo la tarde. La media noche sonaba en San Martin.

Entramos en el parque de San James: habia mucha gente, pero de aquella gente nocturna y fantástica, desconocida al sol. El gran estanque brillaba con la doble luz de la luna y del gas. Debajo de los árboles se veía una especie de claridad de color violeta bajo, como la que se hace en el teatro con los vasos de colores. Los ingleses peripatéticos leían los diarios de la noche, sentados sobre los bancos; los centinelas se paseaban silenciosamente junto á la escalera de *Carlton-House*; blancas sombras femeninas erraban por el paseo cual oleadas de almas elíseas por el borde de la Stigia, y nadie hablaba en aquel concurso vagabundo y extraordinario: pudiera haberse creído que todos los sonám-

(1) *Historia de España* por don Modesto Lafuente, tomo VII.

(4) Don Modesto Lafuente, *Historia general de España*, tomo VII, página 290.

bulos de Londres habian ido á hacer sus ejercicios nocturnos bajo los árboles de aquel hermoso jardín.

El señor L... es uno de los primeros artistas de la Europa; pero sus amigos saben, además, que es tambien en su conversacion y en sus relaciones el hombre mas brillante y mas gracioso que pueda oirse. L... ha viajado mucho, ha leído y observado muchísimo: su memoria está llena de deliciosas historias; su imaginacion abundante de ideas. Escúchasele con tanto placer, como si se leyera un hermoso libro; y mi complacencia en oír al grande artista, era sobre todo en aquellas horas tranquilas en que las conversaciones tienen tanto atractivo, bien que me hablara de Nápoles, mezclando en sus historietas alguna cantinela de Chiaia, bien que me contara su vida de Inglaterra, toda llena de triunfos, pasando así del Mediodía al Norte, del sol á la bruma, unas veces satírico, otras filosófico; pero siempre ingenioso y eminentemente observador.

Aquella noche se abandonó con entusiasmo á la conversacion íntima que inspira un fresco paseo de verano. Refirióme una simple historia que yo hubiera querido escribir segun su inspiracion, y pintar con colores materiales, mas bien que con frases de historiador; porque jamás ese papel frio y muerto, esos signos convencionales que representan ideas y sensaciones, jamás esos vulgares geroglíficos del alfabeto, envueltos en una blanca hoja como en una sábana, podrán reemplazar la voz, los gestos, el órgano apasionado, las modulaciones armoniosas de una narracion elocuente. Seria necesario que cada línea de mi escrito fuera notada como un *libretto* de ópera, y que el lector oyera estas relaciones como las ha cantado el poeta artista; seria indispensable que cada página estuviera ilustrada por uno de aquellos hermosos grabados ingleses, en que el buril colorea como el pincel, á fin de que esta historia conservara aun en el sepulcro de un libro algun resto del perfume que nos despedían las flores, los árboles y la yerba, acompañados de los cálidos rayos de la luna en aquella noche de melodía y amor. Tal como mis recuerdos me la presenten, quiero, sin embargo, transmitir esta historia, de la que solo cambiaré algunos nombres, porque los personajes no son héroes de novela.

Escuchaba yo aun la relacion del gran artista, y la aurora de verano blanqueaba ya la estatua del duque de York y las torres de Westminster á las extremidades opuestas del parque, y el sol ascendía sobre el horizonte, cuando se terminó.

Creía salir de un sueño: me parecia que me habia dormido sobre la gran alfombra de yerba delante de Carlton-Terrace, y que me despertaba con la cabeza llena de un nuevo mundo de ideas, en la que el gracioso murmullo del mar, en el golfo de Nápoles, cantaba un trío con la oleada del Océano, y el río de Mersey sobre las playas nebulosas de Liverpool. Una noche de vigilia ocupada de este modo, da á la imaginacion la incoherencia de la locura. Esta brusca interrupcion de nuestros hábitos trastorna el cerebro, todo toma un aspecto extravagante al primer rayo del sol; pero mas extraño aun si nos encontramos en un pais lejano y rodeado de monumentos que sirven por primera vez de cuadro á nuestras meditaciones.

Después de haberme separado del gran artista, le seguí con la vista por *Regent-Street*, y le vi desaparecer en la aparente columnata del *Quadrant*, donde estaba su casa. Así que me quedé solo me dirigí á la mia de *Kinh-William-Street*, para pagar al sueño el atraso de la noche. Cuando me levanté á medio día, corrí al parque de San James, que alumbraba el sol al través de una capa de niebla que hacia palidecer sus rayos; sentíme sobre un banco, y escribí con toda la frescura de mis recuerdos los primeros capítulos de esta historia, así como se escribiría un sueño bajo las primeras impresiones recibidas al despertarse.

Hace cinco ó seis años (la fecha importa bien poco), que dos jóvenes estaban hablando después de comer, en *Osteri-Nuova* de Chiaia en Nápoles. El uno de edad de veinte y cinco años, se llamaba Patricio O...; era irlandés, y estaba dedicado al estado eclesiástico; su traje era severo como su fisonomía; sus cabellos de un rubio ardiente como un oro en fusion; sus facciones de una irregularidad mate, guardaban aquella nerviosa palidez, que no nace de los padecimientos del cuerpo, sino de las penas del alma. Sobre este fondo apagado, de un rostro afligido, lucian dos ojos negros y tempestuosos, como nubes llenas de relámpagos. La contraccion de la sonrisa parecia haber sido olvidada en el mecanismo de aquella fisonomía, que lo expresaba todo y en todas ocasiones, excepto el placer.

El otro joven era casi de la misma edad; tenia un hermoso rostro moreno, y sus flotantes cabellos eran negros como el ébano. Llamábase el *Contessino* Lorenzo C..., legatario á los veinte años de una inmensa fortuna, que prodigaba sin agotarla. La opulencia brillaba en toda su persona: ostentaba con desden orgulloso una pléyada de diamantes en sus dedos anulares, y la constelacion completa de Orion en rubis balajas, sobre su chorrera de batista, siempre dispuesto á dar sus estrellas á un amigo, á una mujer, á un saltimbanqui ó á un indigente.

La llegada de un criado suspendió la conversacion de los dos jóvenes: venia á anunciarles que el buque, el *Erinn*, iba á hacerse á la vela, y no esperaba mas que un pasajero.

Este pasajero era Patricio.

Levantáronse inmediatamente y se dirigieron hácia el muelle. Patricio, con un pié sobre tierra y otro en el bote, se despedía de su amigo.

— He dejado á Roma sin pesar; allí me hubiera vuelto escéptico, y ejercido, á ejemplo de otros mu-

chos, el sacerdocio por hábito, como si fuera un oficio: prefiero ser sacerdote en cualquiera aldea católica de mi Irlanda, para lo cual me ordenaré en Dublin en las primeras órdenes. Adios, mi querido Lorenzo, ya nos veremos cuando Dios quiera.

— Patricio, respondió el joven italiano, en cualquiera situacion en que el cielo te coloque, si puede servirte mi amistad, piensa en mí, y solamente en mí. Apretáronse enérgicamente la mano, y el bote partió.

Hízose á la vela el *Erinn*, y dirigió su rumbo hácia alta mar: Patricio contempló largo tiempo, apoyado sobre la popa, la apacible ribera de Nápoles, y descendió al ponerse el sol á la cámara, para descansar. El mar estaba agitado, el viento contrario. Patricio tomó el partido de dormirse para dejar pasar el mal tiempo sin ser incomodado por el mar.

Al despertarse se maravilló al saber que el *Erinn*, no habiéndose podido sostener en el mar, habia vuelto al puerto de Nápoles, y los pasajeros estaban facultados para ir á tierra. Eran entonces las ocho de la noche.

Patricio se aprovechó presuroso del permiso: corrió á la fonda con la esperanza de encontrar á Lorenzo; pero el joven habia ya salido. El mozo dijo á Patricio, que su amigo se habia dirigido hácia San Carlos y que probablemente estaria en la ópera.

Representábase aquella noche la *Semíramis*.

Patricio vaciló algunos instantes por escrúpulo; luego, recordando la indulgencia que el clero italiano se permite voluntariamente respecto al teatro, se dirigió á San Carlos, tomó un billete y entró. Patricio habia siempre vivido lejos de los placeres y de los espectáculos mundanos, y aquella era la primera vez que se mezclaba con la multitud de un salon de teatro.

San Carlos retumbaba con los instrumentos y las voces. Hubiérase dicho que aquel armónico salon cantaba con todos sus palcos, porque los sonidos de la escena y de la orquesta, no encontrando ningun obstáculo en la elipse inmensa, la llenaban toda como un huracan de melodía, lanzado del golfo de Baya. Habia llegado á la escena del juramento del trono. El rey de las Indias, el pontífice, Arsaces, los sirios, el pueblo, los magos, juraban fidelidad á la reina de Babilonia, en un idioma de amor inaudito, y *Semíramis*, de lo alto de su trono derramaba con voz majestuosa sobre todos aquellos concurrentes entregados al delirio, torrentes de notas melodiosas, como perlas prodigadas al infinito.

El sonido de la trompa, lleno de una delicia lánguida, se deja oír sobre todas aquellas voces, como el eco de Eufates en una noche de Oriente deja sentir sus suspiros inefables, que suben á la cima de Babel. El poderoso amor, hijo de los siglos antiguos, abrasaba el teatro, y parecia haber encontrado en fin un lenguaje maravilloso, olvidado en Babel, para despertar un sentido desconocido, y excitar á la tierra á locuras sin número, semejantes á las que los ángeles realizaron con las hijas de los hombres, en las épocas antediluvianas, cuando el mundo tembló en tiempo del himeneo de los gigantes.

Junto á aquella armonía desconocida, cantada por voces é instrumentos sobrehumanos, toda palabra se asemejaba al tartamudeo de la infancia, ó á los gemidos de la cuna. Era como la revelacion de aquellos himnos misteriosos, que brillaban por la noche en las profundidades de las pirámides babilónicas, ó en las capillas subterráneas de Isis: era un eco del viento idúmeo, que expedía un deleite sangriento y fatal sobre las ciudades malditas, y cambiaba la forma de las montañas en una noche de desolacion; y todas aquellas voces, aquellos cantos, aquella estridente armonía de instrumentos de aire y de cuerda, aquella vehemencia de notas sublimes, aquella corrupcion de melodía increada, toda aquella furia de amor, parecia estallar por un prodigio de los magos, bajo los divinos piés de una mujer, bella como el sol de Oriente, embalsamada como la Arabia Feliz, vestida de púrpura y de oro como las reinas de Ophir y de Sabá.

El joven eclesiástico irlandés, que habia entrado en San Carlos, para buscar á un amigo, olvidó al amigo, se olvidó de sí mismo y se detuvo de pié, con la mano derecha incrustada sobre la primera luneta, inmóvil como una estatua, bajo la sorpresa de aquella fulminante revelacion: su alma, súbitamente invadida por el demonio de aquellas delicias exteriores, fué vencida antes de la lucha, así como sucede al soldado imprudente, que pasa desarmado sobre los límites del campo enemigo, y sucumbe antes de haber reconocido su error.

Patricio conservó aquella posicion estática hasta la caída del telon. Vió y oyó aquel sueño inmenso que nos trajo Rossini de las lagunas de Venecia, cuando se durmió en la ciudad misteriosa este sublime evocador de lo pasado. El joven irlandés, hijo de una tierra virgen, que asiste á la eterna sinfonia del Océano y de las montañas, tenia una de aquellas inteligencias privilegiadas que se inician á primera vista en el secreto de las grandes creaciones: él pasaba sin transición de las inocentes armonías de la Palestina, á la furia musical de *Semíramis*; de la cascada de Terni á la catarata de Niágara. No tuvo ni aun tiempo de llamar á su ángel custodio en su socorro, á fin de obtener la gracia de un pensamiento piadoso, en aquel diluvio de pensamientos profundos que llovian en su corazon.

Fué arrastrado con violencia al través de los gritos de aquella Babilonia resucitada, para abrazar á Baltasar y rechazar á Daniel. Todo fué cogido al vuelo, y abrazado por él y adivinado por inspiracion en aquella noche fatal: su oído, su entendimiento y su corazon,

se asociaron para servirle y hacerle marchar hasta al fin, á la conquista de lo desconocido. Pero aun tal vez, aquella música, aquellas voces, aquellos coros, aquella pompa, se hubieran desvanecido con las sombras de la noche, si toda la seduccion teatral no se hubiera encarnado en el cuerpo de una mujer. En adelante, para Patricio, el gran entusiasmo de artista era inseparable de la cantatriz soberbia y radiante como *Semíramis*, cuyo nombre llevaba.

Desde los tiempos antiguos en que los circes y los anfiteatros daban salida por sus puertas á una muchedumbre de espectadores, satisfechos de un espectáculo prodigioso, no se habia visto en Italia concurrencia igual á la noche de esta representacion de *Semíramis*. La plaza pública y las calles contiguas á *Villa-Reale* estaban todas embarazadas á la salida del teatro, de tal modo, que Patricio fué llevado como una paja en aquel mar tempestuoso, y conducido bien lejos de su fonda de Chiaia; pero al fin, en aquella muchedumbre que así arrastraba violentamente al joven irlandés, le era favorable en aquella ocasion, porque le comunicaba el aturdimiento, que él hubiera querido prolongar al infinito; no viendo cosa alguna mas temible que la calma y la soledad, despues de aquella agitacion benéfica que ondulaba á su alrededor; pero ninguna tempestad es mas pronto calmada, que una tempestad de gente despues de un espectáculo. Suenan media noche sobre el silencio y el desierto, y de todo el estruendo de multitud loca, no quedan mas que los sonidos lentos de las campanas vecinas, sinfonia monótona como el canto que invita al sueño.

Bien pronto de todos aquellos seres agitados, solo Patricio está despierto y de pié; marchando á la aventura, habia llegado sobre las orillas del golfo, y allí, como cansado por la fatiga de un largo viaje, se sentó sobre una piedra, y médico de sí mismo, se puso á examinar interiormente su herida, y aplicarle un remedio inmediato, sin esperar al dia siguiente.

Patricio estaba solo en realidad; pero una sombra le habia seguido; una sombra mas terrible que la de Nino! Para él, en San Carlos habia espirado la voz de Arsaces, dejando á Babilonia; pero el mar y los montes le presentaban nuevamente la ópera concluida, como en un inmenso teatro. Empezaba de nuevo, para Patricio, aquella noche de embriaguez, de misterio, de emocion desconocida, de formidable delicia. El espectro de Babilonia se elevaba en medio de los vapores diáfanos de la noche, sobre los lados de aquella montaña, que tambien ha incendiado ciudades culpables, sepultadas á sus piés.

El viento nocturno que un demonio embalsama de todos los perfumes de Venus Aphrodita, soplabá del archipiélago napolitano, cuyas islas son pebeteros siempre humeantes; y aquella languidez misteriosa que descendía por todas partes é invitaba á los placeres del amor, parecia contradecir al rey Salmista, que por la noche pedia á Dios le salvara de la flecha que volaba por el dia, y de la obsesion irresistible del demonio de medio día. Patricio se veia herido por la flecha que vuela á la luz de las constelaciones de media noche. Habiendo llegado al delirio de la imaginacion, se persuadió que todo lo que habia visto en San Carlos no era mas que una vision del infierno; una fantasmagoria colocada por el demonio ante sus ojos; que el mundo no tenia suficiente poder para crear semejantes realidades de seduccion; que entre todas las hijas de los hombres no habia una mujer como la poderosa artista, reina de San Carlos, y que el demonio andrógono de los deleites, llamado Artastes, en los lugares profundos y malditos, habia tomado un cuerpo humano para seducir á un pobre cristiano, y arrancarle del servicio de los altares.

Patricio hizo la señal de la cruz y le pareció que todo á su alrededor tomaba formas suaves y risueñas, y que los ángeles que descendían sobre la tierra, la purificaban de las emanaciones infernales de la noche. Mas tranquilo despues de una corta oracion, apoyó su cabeza sobre una almohada de algas secas, y se durmió.

II.

El sol de primavera estaba ya algunas horas sobre el horizonte, cuando el joven eclesiástico irlandés se despertó. Habitado desde su infancia á dormir á campo raso en las montañas de Wicklow, habia descansado aquella noche tan perfectamente, como lo hubiera hecho en la fonda de Chiaia. Arrodillado sobre la piedra de la ribera, hizo su oracion matinal en el mas magnífico oratorio que haya dado Dios al hombre para recibir sus homenajes, y tomando con su mano agua del golfo, como de la concha de una pila natural, ungió su frente con aquella agua santa que representa los estanques del cielo.

Un recuerdo vagaroso como la gasa de un sueño, llevó á la imaginacion del irlandés las imágenes sensuales de la víspera, y el joven cristiano se indignó de su debilidad, é hizo un enérgico esfuerzo sobre sí mismo para volver á sus deberes, y arrancar de su corazon el último átomo de aquella hez impura, que habia depositado en él la copa de un demonio. Las horas de la mañana son piadosas, y predisponen al alma á buenas resoluciones y á santos pensamientos.

Patricio escuchó con devocion las voces que hablaban á su alrededor sobre el golfo, la ciudad y las montañas. Por todas partes se entonaba á la creacion un casto himno.

(Se continuará.)



República de Guatemala. — La plaza Mayor y la Catedral de Guatemala, por la parte del Este.

LA
República de Guatemala.

(AMÉRICA CENTRAL.)

El progreso en Guatemala. — Exposición de agricultura, industria y bellas artes. — La Sociedad económica. — El futuro jardín de aclimatación. — El camino del Atlántico.

Se va fijando bastante la atención en la América central, en esa parte del continente que se extiende entre Méjico y Nueva Granada, y que es aun tan poco conocida en Europa, y particularmente en Francia. Ciertamente es que de tiempo en tiempo se han publicado obras que tienden á dar idea de los inmensos recursos de este hermoso país; pero carecen de exactitud, y sobre todo de esa imparcialidad que no debería faltar nunca en esa clase de escritos. Generalmente hablando, el viajero que no hace más que atravesar un país, escribe bajo la impresión del momento, refiere hechos que ha oído contar, describe trajes que no ha tenido tiempo de examinar y comprender debidamente. Rara vez conoce la lengua del país que visita, aunque á cada instante cite expresiones, proverbios y nombres propios en un idioma que interpreta á su manera. Todo viajero hace gustoso elogios de las personas que le han dado hospitalidad, de los amigos que encontró en su camino, principalmente cuando estos ocupan una alta posición, lo que es un modo de pagar una deuda de gratitud; pero disminuye considerablemente el interés de su narración cuando nos habla de su persona, cuando á cada momento pone en escena el yo, que si puede tolerarse en el estilo epistolar, casi siempre está de sobra en obras de tal importancia.

Se sobreentiende que no hablamos aquí sino de esos libros dictados por el espíritu de especulación que desnaturaliza los hechos en beneficio de un proyecto cualquiera por cuestiones de amor propio he-



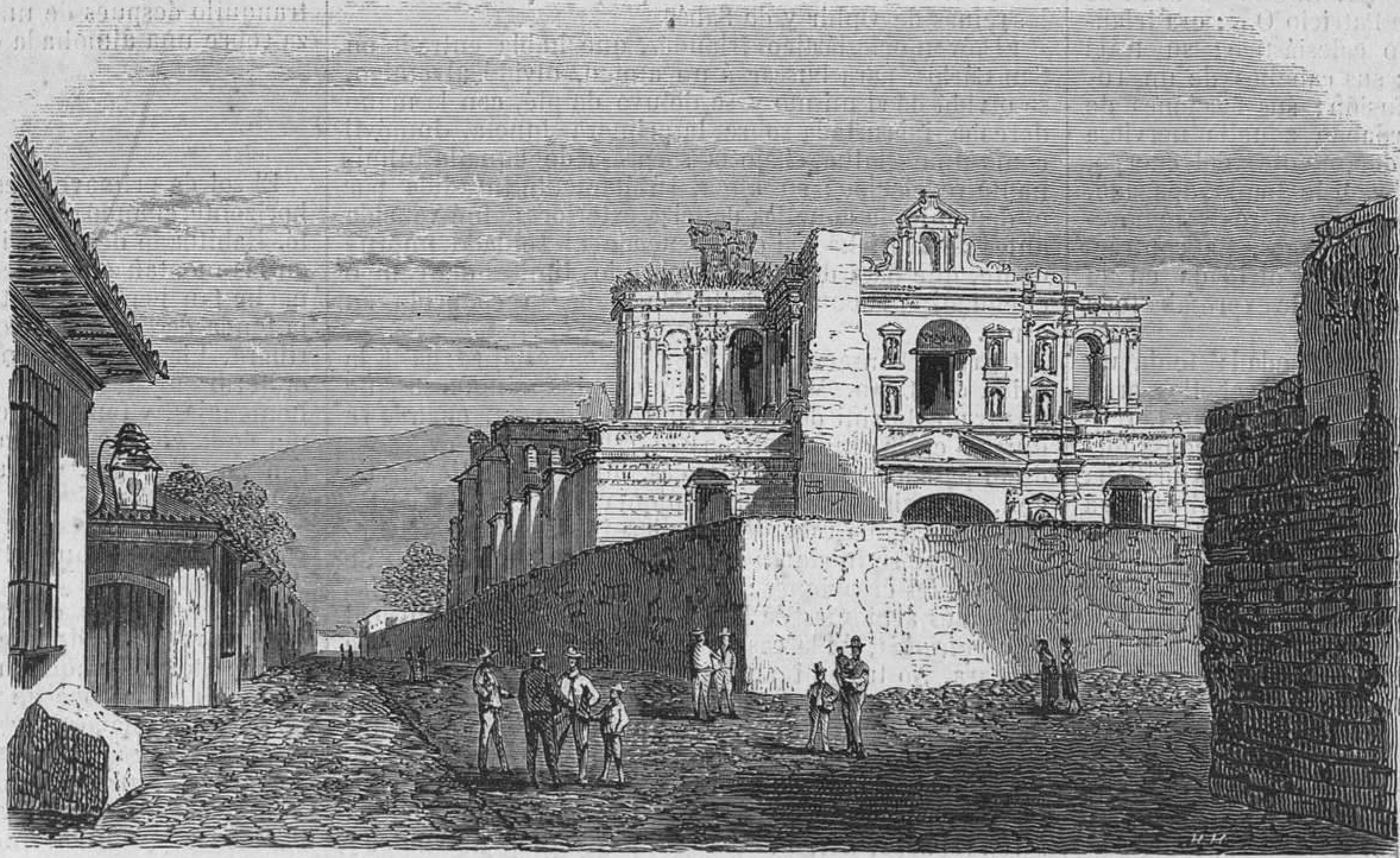
Tipos de indios y de india.

rido ó de esperanzas engañadas; no hablamos de esos libelos en los que se confunden la hiel y la ignorancia del autor. Desgraciadamente estos últimos escritos dejan una mala impresión en la mente del lector, como todo lo que es calumnioso.

Vanamente buscaríamos una obra seria, completa é imparcial sobre la América central propiamente dicha, una historia verídica y exacta de las cinco repúblicas, con datos precisos sobre geografía, división del territorio, medios de comunicación, importancia del comercio, naturaleza de los productos y recursos de toda especie en esas regiones, menos lejanas que lo que puede hacer suponer esa falta de documentos.

En Guatemala, lo mismo que en Méjico, Lima, Santafé de Bogotá y otras capitales hispano-americanas, hay hombres bastante instruidos y de bastante talento para escribir la historia de su país, y darla á conocer al mundo europeo bajo su verdadero punto de vista; mas desgraciadamente los elementos del trabajo no se encuentran sino en documentos sueltos, en artículos de periódicos y en algunas obras antiguas olvidadas en las bibliotecas. Nuestros sabios que han visitado esas comarcas, y particularmente Méjico, han sacado la mayor parte de las noticias interesantes, las que parecen fruto de largas y detenidas observaciones, de las bibliotecas, revistas, periódicos y archivos nacionales; el trabajo ajeno, no el propio, les sirvió de base. Y sin embargo, en ninguna parte se halla una obra completa publicada por el gobierno de estas repúblicas, que pueda satisfacer la curiosidad de los geólogos y los sabios, y suministrar datos exactos al comercio.

La República de Guatemala se conoce pues muy poco en Europa, y no obstante, es la mas importante region de la América central, y la que está mejor situada entre los dos Océanos. Su capital, Guatemala, es una de las mas bonitas ciudades del continente americano: tiene un clima sano y agradable, nunca hace allí un calor sofocante, y no se conoce el frío. En la ac-



El antiguo convento y la iglesia de la Compañía de Jesús (Antigua Guatemala). Manufactura de Samayoa.



Curiosidades parisienses. — Mercados centrales: La venta pública del pescado.

tualidad posee instituciones y establecimientos de primer orden.

Su vasto hospital está dirigido por profesores distinguidos que casi todos han estudiado en París, con el concurso de las Hermanas de la Caridad: el hospicio de Huérfanos é Impedidos donde hay una escuela industrial á cuyo frente se hallan las Hermanas de San Vicente de Paul, el Colegio de Huérfanos, la Casa de educación de las Señoritas de Belen (1), el Seminario de San Vicente de Paul, el Gran colegio de los Jesuitas, la Sociedad económica, el Consulado de comercio, la Casa de la Moneda, la Universidad, el hermoso teatro de Carrera, ponen á Guatemala á la altura de las ciudades de primer orden.

Guatemala cuenta una población de 50,000 almas. No tiene la bulliciosa actividad de las ciudades europeas; pero tampoco domina en ella la quietud unida al calor envanecido de muchas poblaciones americanas. Hay en Guatemala una sociedad amable, hospitalaria; sobre todo se disfruta en ella de una gran seguridad, y todo europeo que pasa algunos años en Guatemala, la deja con sentimiento y desea volver. Muchos extranjeros que se marcharon con fortuna á su patria, han vuelto al cabo de una ausencia de pocos años: creemos que este es el elogio mas imparcial que puede hacerse de esta region privilegiada.

En los últimos diez años, la agricultura ha hecho grandes progresos. Los productos principales son la cochinilla, el café y el azúcar. El añil se comienza á cultivar en grande escala. Este es el principal producto de la República del Salvador, y se le conoce en el comercio con el nombre de *añil de Guatemala*.

Habia en otro tiempo en esta última comarca, comercios importantes de añilerías, que por diversas causas se fueron abandonando: la primera y principal fué la abolición de la esclavitud, y luego la introducción en Guatemala de un cultivo nuevo, la cochinilla, importada de la provincia de Oajaca (Méjico), que fué objeto de una boga general. En el día el cultivo del añil es la primera fuente de riqueza del Salvador, pero no puede extenderse ya mucho, en tanto que en la República de Guatemala, cuyo territorio es cinco veces mayor, abundan las tierras buenas para la propagación de la preciosa planta, en todas las regiones calientes tanto al Norte como al Mediodía.

La *Sociedad económica*, que con la Universidad es una de las mas antiguas instituciones del país, es á la vez sociedad de fomento y sociedad agrícola: propaga la aclimatación de las plantas útiles, la introducción de máquinas agrícolas é industriales, y se aplica en este momento á fomentar el cultivo del añil; ella organiza tambien la exposicion anual de los productos nacionales de la agricultura y de la industria. Atiende asimismo á las bellas artes, y tiene abiertas escuelas gratuitas de dibujo, pintura y escultura, donde los alumnos, exentos del servicio militar, reciben lecciones de profesores distinguidos. El profesor de pintura, señor Toyetti, que vino de Roma á costa de la Sociedad económica, es un artista de mérito.

En Guatemala hay mucha afición á la música. La Sociedad filarmónica cuenta en su seno profesores capaces, y las compañías italianas que trabajan en Guatemala hallan con sorpresa en el teatro una excelente orquesta.

Como la afición es general, suelen encontrarse en las aldeas mas redónditas, indios que son buenos músicos. En estos días se admira en Guatemala á un pianista de ocho años, de una familia de Totonicapam (Altos), que sería muy aplaudido en París. Es de creer que le enviarán al Conservatorio á completar su educación musical.

La Exposición de productos guatemaltecos, abierta el 25 de diciembre del último año, ha sido muy notable. La diversidad de las materias primeras que se dan en un suelo privilegiado, excitaba la atención general. Las telas de algodón y de lana, los paños buenos y sólidos, indican un progreso positivo. No debemos pasar en silencio las telas de algodón fabricadas en la Antigua Guatemala por don José María Samayoa (2).

El señor Samayoa ha establecido á gran costa y reuniendo dificultades de que es imposible formarse idea, una manufactura que ocupa todo un antiguo convento (el de los Jesuitas), restaurado con tanta inteligencia como prodigalidad. Tiene una poderosa máquina de vapor, y hay en ella todos los telares perfeccionados por el arte moderno, propios para fabricación de telas de algodón de todas clases y dimensiones. El algodón de Guatemala es de una calidad superior, y se da en todas las tierras calientes.

Las telas llamadas *Manta*, de la manufactura de la Antigua, no son inferiores á las de Manchester: los tejedores del país prefieren el hilo de algodón que sale de esta fábrica á los hilos extranjeros.

En la última exposicion habia hermosísimas muestras de cereales, así como se veían tambien los productos de una fábrica de harinas perfeccionada, establecida tambien en la antigua capital de la República por don Manuel Herrera.

Ya se construyen en Guatemala máquinas para limpiar el café; así como tambien se cuentan en esta ciudad talleres de construcción, una fundición de hierro, varias caldererías, fábricas de velas perfeccionadas, de

curtidos, de jabones, hojalateros y silleros, tintoreros, etc., etc.

J. ROSSIGNON.

(Guatemala.)

Corresponsal de la mision científica de Méjico y de la América central.

(Se continuará.)

Curiosidades parisienses.

MERCADOS CENTRALES. — LA VENTA PÚBLICA DEL PESCADO.

« Hay gentes, decia lord Byron, que se levantan cuando los demás se acuestan, y que por esto miran con lástima á lo restante del género humano. » Lord Byron se referia al gran mundo, y no pensaba ciertamente en los mercados de Londres cuando formulaba este aforismo humorístico.

Paris no duerme. Jamás la luz deja el puesto á la sombra, ni el ruido al silencio, ni la actividad de la vida al sueño ó al reposo.

El que escucha en medio de la noche, oye las oleadas humanas que hacen el ruido de la mar.

Paris tiene su flujo y su reflujo. A la hora en que los cafés y las tiendas se cierran, en que sale la gente de los teatros y las calles se quedan vacías, á la hora en que se acuesta el pacífico vecino y en que los ociosos opulentos se esparcen en los casinos, cuando los últimos carruajes se van con rapidez á las cocheras, vuelve á empezar un ruido sordo y lejano.

Son los afluentes de la provincia que desaguan en el *Gran Océano de Paris*: es la mar con la marea alta.

Y hé aquí que de repente todo un mundo subterráneo aparece á la superficie, y se despierta y se agita en ese vaporoso claro oscuro que no es ya la noche y que no es el día todavía.

Estamos en los Mercados centrales. El dibujo que publicamos ofrece un episodio de ese gran cuadro parisiense. Nos hemos informado lo mejor posible, y tomamos nuestros datos de un trabajo considerable de M. Máximo du Camp, sobre la *alimentación de Paris*, publicado el año último en la *Revista de ambos mundos*, y de una excelente monografía de M. Victor Borie, sobre los mercados centrales inserta en el *Paris-Guide*. Entrambos escritores han sabido dar interés á ese estudio bastante árido, mostrándonos el Paris nocturno y matutino. Lo mas sencillo es cazar en sus tierras sin traspasar el límite que nuestro escaso cuadro nos impone.

En primer lugar hablaremos del edificio. Los Mercados centrales formarán un conjunto de catorce pabellones, de los cuales diez están abiertos ya: los cuatro restantes rodearán el Mercado del trigo.

Los pabellones son unas construcciones elegantes cubiertas de cristales, y cuyas paredes hechas de cristal y columnillas de hierro están sostenidas en muros de ladrillos. Segun su destino especial, así son sus divisiones para la carne, el pescado, las aves, la caza, la manteca, el queso, las frutas, las verduras, etc., etc. Tal es la arquitectura ligera de los Mercados centrales, templo moderno donde la tierra deposita sus ofrendas para el monstruo que todo lo devora sin producir nada.

Entremos ahora en el pabellon número 9, donde se hace la venta pública del pescado.

« Una vez que descargan el pescado, le ponen en muchos cestos chatos y le llevan á uno de los ocho bancos de venta que rodean el mercado. Los mozos (*verseurs*) reúnen las especies y hacen los lotes, y los pasan á uno de los pregoneros encargados de anunciarlos, de recibir las pujas y de indicar á los mandaderos el nombre del comprador. No obstante el tumulto, los gritos y las bromas que allí se cruzan, no hay desorden, y todo se hace con una celeridad extraordinaria. Así es que los canastos donde brillan los nacarados peces desaparecen como por encanto. Cuando hay alguna pieza notable, un salmón, un esturion, etc., los pregoneros la publican por todas partes para excitar la competencia.

» En este mismo pabellon se vende el pescado de río, que se trae y se conserva en agua. »

Hé aquí la estadística de los años 1866 y 1867: En 1866 llegaron 14 millones de kilogramos de peces, que se vendieron por 13 millones de francos. En 1867 se vendieron 18 millones de kilogramos de peces, y 1.600,000 id. id. de agua dulce.

La cuarta parte de estas cantidades viene del extranjero. Inglaterra envia principalmente salmones y langostas; Holanda, salmones, langostinos, anguilas y carpas; Bélgica, almejas, Suiza, truchas, y lo restante de Alemania, cangrejos en grande abundancia.

El pabellon número 9 es demasiado pequeño, y las ostras reciben la hospitalidad en el pabellon número 12. Las ostras se venden de antemano, y se fija el precio sea cual fuere el resultado de la pesca.

Cada año se aumenta este precio en una proporción excesiva:

En 1840 el mil valia	12 fr.
En 1850 —	16 fr. 50.
En 1860 —	26 fr.
En 1867 —	40 fr.

« No es la escasez de las ostras la única causa de este aumento de precio. Los ferro-carriles llevan hoy las ostras no solo al interior de la Francia, sino á Alemania y aun á Rusia. Las de Ostende, que casi todas llegan del condado de Essex, en Inglaterra, han desaparecido casi de Paris, y hoy se comen en Berlin y en San Petersburgo.

En 1867, Paris consumió 27.000,000 de ostras, la mayor parte de ellas de Courseulles y de Saint-Waast. Las de Ostende no han figurado por mas de 900,000, y las de Marennes por la cifra insignificante de 4,250. Es un alimento precioso que tiende mas y mas á ser un artículo de lujo. Cuando la ostra cuesta como hoy 16 céntimos cada uno, se queda fuera del alcance de la mayor parte de los parisienses.

Volvamos ahora al pabellon número 9, sección del pescado:

Se oye una campana y se abren los pabellones. Van llegando los compradores particulares, y al punto se activan las transacciones. La gritería es continua: hay que tener costumbre para entenderse en esa algazara.

Nuestro dibujo da una idea exacta de ese pabellon cuando se vende el pescado: todos los tipos están copiados del natural, y el cuadro que ofrecen es característico.

C. J.

Historia de un pañuelo blanco.

(Continuacion.)

Habia un acento tal de sinceridad en la palabras de Alberto, un sentimiento tal de tierna y verídica expresión, que Carolina creyó hallar un salvador en aquel hombre que de improviso se le presentaba en tan duro trance, como una tabla se ofrece de pronto á un naufrago sin aliento que á ella se agarra con la postrera desesperación de la agonía.

Todo se lo contó.

— Señora, dijo Alberto cuando hubo concluido Carolina; señora, yo la restituiré á Vd. el amor de Gualtero, yo salvaré a la pobre mujer que se ha aventurado en el mar de la vida con un corazón ingenuo y franco.

Y acompañando á Carolina hasta un coche en el que la hizo subir, Alberto, devolviendo la serenidad á su rostro, entró nuevamente en el salon del baile.

VI.

EN QUE ALBERTO DE RÓDEZ SE PROPONE DEMOSTRAR QUE ES MUY FÁCIL IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Alberto acababa de entrar en el salon, cuando sintió que le cogian del brazo. Era Paulo, Paulo alegre, risueño, triunfante, acicalado, perfumado, rizado, de veinte y cinco mil alfileres, en fin.

Hemos entrado en la descripción de los personajes que figuran en esta historia, y nada ó poco hemos dicho de Paulo, siendo así que bien merece en verdad que le consagremos un par de líneas.

Paulo era uno de aquellos hombres cuya mas exacta definición está en ellos mismos; era uno de tantos, era un tipo como los proporciona á cada paso en los salones la vida de sociedad. ¿Se hablaba de música? Él era músico, habia tenido largas conversaciones en Paris con Meyerbeer, y Rossini, á su paso por Italia, le habia hospedado en su casa de campo. ¿Se hablaba de pintura? Él era un profundo *amateur* de las artes; un día habia observado un defecto en un cuadro de Horacio Vernet y este, á su sola indicación, lo habia enmendado en seguida. ¿Se hablaba de poesía? Allí estaba él, él que era íntimo de Pepe y que se carteaba con Ventura; que así llamaba familiarmente, citándolos solo por sus nombres, á Zorrilla y Ventura de la Vega. Por lo demás, ni conocia á Vega ni á Zorrilla, ni habia visto jamás á Vernet, ni nunca habia saludado siquiera á Meyerbeer ni á Rossini.

Paulo era por otra parte un hombre feliz. Todo su afán consistía en darse importancia, en creerse necesario, en figurarse que pasaba por una inteligencia. Su verdadero nombre era Francisco de Paula, pero lo encontraba tan vulgar y tan ordinario, tan clásico en fin, que se hacia llamar Paulo, nombre mas breve y mas armónico tambien.

Era, para completar la idea que de él se pueden formar los lectores, era en fin uno de esos hombres que juegan con el abanico ó con el *bouquet* de una dama á quien acababan de ser presentados; que no se separan del lado de una recién casada en los bailes y paseos los primeros días de su enlace, fastidiando á la mujer y haciendo fruncir el gesto al marido; uno de esos hombres que sonríe desde la luneta á una bella de un palco, volviéndose en seguida como para decir á los que le rodean: « ¿No habeis visto? me he sonreído con la ***; uno de esos hombres que si va á vuestra casa descuelga todos los pequeños cuadros de vuestro gabinete para acercarlos á la luz y dar su parecer; uno de esos hombres que fumando os arrojan al rostro bocanadas de humo y os hacen fumar á pesar vuestro; uno de esos hombres finalmente, que si os ve en un baile, se llega

(1) Bajo la dirección de las Ursulinas de Bélgica.

(2) La Antigua Guatemala está á nueve leguas sudoeste de la capital moderna.

á haceros preguntas sobre vuestras penas cambiando una hora de placer en una hora de tortura.

Júzguese cómo recibiría pues Alberto á Paulo. Ni siquiera le saludó, mas que con una inclinacion de cabeza. El jóven se colgó de su brazo, no fijándose en la fria recepcion que le hiciera de Ródez.

— ¡Hola! ¿Con que has venido al baile, Alberto? Me alegro, cenarás con nosotros.

— Yo no ceno, dijo Alberto.

— Bueno, tomarás un copita. Somos una infinidad, una porcion de artistas. Gualtero ha dirigido la funcion.

— ¿Gualtero?

— Sí, Di Stella, nuestro famoso baritono.

— ¡Ah!

— Sí, y por cierto que hemos quedado á las doce en punto.

— ¡Las doce! pues si ya son.

— Por lo mismo, nos iremos acercando hácia el ambigü. Ven, ven conmigo, Alberto.

Y de Ródez se dejó llevar sin oposicion. El nombre de Gualtero habia hecho su efecto. Cruzaron el salon por entre las máscaras, contando Paulo neciamente á Alberto una multitud de conquistas hechas por él aquella misma noche, y oyendo Alberto la relacion acalorada que le hacia su compañero, sin pestañear siquiera. Paulo se figuraba tener un oyente el mas atento, y solo tenia á su lado un distraido el mas completo.

Llegaron al ambigü. Ya estaban todos reunidos. Eran Gualtero y una porcion de jóvenes, antiguos compañeros de orgías y locas aventuras. Paulo presentó á Alberto, y se sentaron á la mesa.

La conversacion rodó al principio sobre el baile, y Paulo estuvo admirable, admirable de necedad y tontería. Cien lindas máscaras se le habian declarado, y el pobre habia tomado la decision de no volver á entrar en la sala por no verse perseguido por todos lados. Alberto, segun su costumbre, callaba.

La conversacion fué animándose, el champagne empezó á desatar las lenguas, y Gualtero, que sin duda queria ahogar en el aturdimiento la escena que acababa de tener con Carolina, Gualtero bebía y guardaba un sombrío silencio. Alberto le observaba, mirándole de reojo.

Los demás convidados al contrario, movian un estruendo y una algazara que no habia mas que pedir.

— Señores, dijo Paulo, todos nosotros contamos buenamente nuestras aventuras, pero apuesto á que no falta quien se está muy callado, sin embargo de que acaso tendria que contar mas que nosotros.

Todas las miradas se volvieron á Gualtero.

— Si hablas por mí, Paulo, dijo este, contestaré que no. Hace poco que he entrado en el baile y ninguna máscara me ha dicho nada á fe mia.

— Pues entonces, dijo un jóven militar que formaba parte de la reunion, explicame ¿cómo es que has venido al baile disfrazado, siendo así que nosotros no? ¿Cómo es que á tí te vemos con dominó? Seguramente que no será para embromar.

— ¡Oh! no, es porque tengo una cita, dijo Gualtero sonriendo.

Toda la sangre de Alberto, al oír esto, se agolpó en su corazon.

— ¡Una cita! gritaron todos. Sepamos esa cita.

— Señores es un secreto, dijo Gualtero.

— Queda prohibido el tener secretos, gritó un jóven empleado.

— Cada uno de nosotros, Gualtero, exclamó Paulo, hemos abierto en comun nuestro corazon y nuestro libro de memorias.

— Sí, venga la historia de la cita, gritaron varias voces.

— Por de pronto, señores, interrumpió el militar, un brindis á la desconocida.

— ¡Un brindis! ¡Bien pensado! ¡A la desconocida de Gualtero!

Y todos se pusieron en pié y vaciaron sus copas, Alberto lo mismo que los otros.

— Y ahora que hemos hecho honor á la desconocida, dijo Paulo, venga la historia.

— Es corta, dijo Gualtero; un dia cantaba yo una ópera, y en el aria que acostumbraba recibir mas aplausos, cayeron á mis piés algunos ramilletes de flores y un pañuelo blanco.

— ¡Un pañuelo! interrumpió Paulo.

Alberto palideció y sus ojos chispearon. Hé aquí que aquel hombre iba en su imprudencia á contar una aventura donde el honor de una dama podia estar comprometido, donde el nombre de una mujer iba tal vez á dar la vuelta á la mesa repetido por todos los labios entre mofas y carcajadas. Alberto no habia aun reparado que dos ó tres máscaras de las que siempre estaban cruzando los salones del ambigü, se habian detenido por curiosidad acaso y estaban escuchando.

— Adelante, dijo el empleado.

— Pues señor, continuó Gualtero, el pañuelo me lo habia arrojado una muy linda dama...

— Que yo conozco, interrumpió Paulo, recordando la escena de *Il Bravo* contada en nuestra segundo capítulo, y á la que él habia asistido.

— Se lo devolví, prosiguió Gualtero.

— Muy mal hecho, dijo uno de los convidados. Esas cosas jamás se devuelven.

— Se lo devolví, á pesar mio, se apresuró á decir Gualtero. Sin embargo, escribí un billete, lo até á una piedra, y piedra y billete fueron al dia siguiente á parar á su cuarto, despues de haber roto un cristal del balcon.

— Hombre; ¡ese sí que es un correo ingenioso! dijo uno.

— ¿Y el billete decia? preguntó otro.

— El billete decia, continuó Gualtero, que si no queria verme morir al pié de sus balcones, me arrojara aquella noche una cosa cualquiera que pudiera figurarseme una esperanza.

— Llegó la noche... dijo en esto un periodista satirico que habia en la reunion y que pocas palabras habia dicho hasta entonces.

— Llegó la noche y me coloqué al pié del balcon. Este se abrió y vi caer...

— ¿Un paquete de dulces? dijo el periodista.

— El mismo pañuelo bordado que ya me habia sido arrojado una vez á la escena.

— ¿Y cayó sin acompañamiento? preguntó el militar.

— No; iba acompañado de un billete dándome una cita para el baile de máscaras próximo, para hoy. Hé ahí por qué me veis disfrazado.

— Y sin duda te pedia en el billete que llevaras el pañuelo, porque lo veo asomar por entre tu dominó, dijo Paulo alargando la mano y sacando del pecho de Gualtero el pañuelo de Adela.

— ¡Oh, oh, el pañuelo! gritaron todos.

Alberto se puso pálido como un cadáver. El pañuelo corrió de mano en mano entre sonoras carcajadas.

— ¡Ahora el nombre! gritó una voz.

— Sí, el nombre de la dueña del pañuelo, repitieron varias.

— Señores, ya he dicho que era un secreto.

— ¡Fuera secretos! exclamaron la mayor parte.

El pañuelo en tanto habia llegado á manos de Alberto despues de haber dado vuelta á la mesa. Paulo se levantó.

— Señores, si Gualtero es reservado, yo no debo serlo. Yo sé quién es la dama del pañuelo, yo sé quién es la que ha escrito el billete dando una cita á Di Stella en el baile de máscaras.

— ¿Quién es?

— Se supone que confio el nombre á la hidalguía de todos Vds., y que no debe salir de entre nosotros. Es en reserva.

— ¡Por supuesto!

— Pues bien, es...

— Soy yo, dijo tranquilamente una voz.

Era la voz de Alberto. Todos se volvieron á mirar á aquel hombre que se ponía en pié con el pañuelo en la mano, y que acababa de pronunciar tranquilamente aquellas palabras. El asombro fué general.

— Soy yo, señores, se apresuró á repetir Alberto. Yo estaba en casa de una dama, que será un infame y un cobarde quien la nombre, cuando atado á una piedra y despues de haber roto un cristal, cayó á mis piés un billete. El que firmaba pedia una contestacion y una esperanza. Se me ocurrió jugarle una broma de carnaval. Fingí letra de mujer, di una cita, me apoderé de un pañuelo que vi casualmente sobre un mueble, y envolviendo la carta en el pañuelo, lo arrojé á la hora designada por el balcon.

Una carcajada general acogió estas palabras, Paulo se quedó con la boca abierta. Gualtero se levantó como movido por un resorte.

— ¿Con que he sido objeto de una burla de usted? preguntó Gualtero con una voz entrecortada por la ira dirigiéndose á Alberto.

— Sí, señor, contestó este tranquilamente.

— Pues entonces, mañana tendré el gusto de ir á hacer á Vd. una visita, prosiguió Di Stella pálido de cólera.

— Me hallará Vd. en casa á sus órdenes hasta las nueve de la mañana.

— No le haré á Vd. esperar.

Alberto saludó entonces cortésmente á toda la concurrencia y salió del ambigü llevándose el pañuelo.

En la puerta tropezó con una mujer cubierta con un dominó color de rosa, que pasando rápida por delante de él, se perdió entre la confusion de las máscaras.

VII.

ALBERTO ANUNCIA QUE CONTARÁ LA HISTORIA DE UNA TRENZA DE CABELLOS.

Eran las cuatro de la madrugada cuando Alberto llegó á su casa. Su criado salió á abrirle la puerta.

— Pepe, dijo Alberto, hoy no debes acostarte; probablemente recibiré muy temprano la visita de un caballero, y será preciso que lo introduzcas acto continuo en mi habitacion. Yo no me acostaré tampoco.

— Bien está, señor, contestó Pepe; pero, ¿cuánto ha tardado usted!

De Ródez, que habia dado ya algunos pasos, se volvió al oír esta exclamacion del criado. Estaba muy poco acostumbrado á oírse reprender por un servidor. Volvióse, pues, y le miró.

— Lo digo, señor, se apresuró á añadir Pepe, porque hace ya dos horas que esa pobre señora le está á usted aguardando.

— ¡Esa señora!... ¿Qué señora? exclamó Alberto sorprendido.

— La que hay en su gabinete de usted.

— ¡Una señora en mi gabinete! explicame...

— Hace ya mas de dos horas que llamaron á la puerta; bajé á abrir creyendo que era Vd., y una señora,

cubierto el rostro con una máscara, se precipitó dentro diciéndome: «Tengo que esperar á tu amo en su gabinete.» Quise replicar, pero ella empezó á subir la escalera con la ligereza de un gamo. Entonces...

— Está bien, dijo Alberto interrumpiendo á su criado. ¿Dices que está en mi habitacion?

— Sí, señor.

Y sin escuchar mas, de Ródez se dirigió á su gabinete y abrió la puerta. Una mujer vestida con un dominó color de rosa estaba sentada en el sofá; una máscara descansaba en la alfombra á sus piés. Los ojos de aquella mujer, enrojecidos por el llanto, se volvieron hácia la puerta que se acababa de abrir. Alberto dió un paso en la habitacion, y su huésped, al verle, lanzó un grito y ocultó su rostro con el pañuelo.

— ¡Adela! exclamó Alberto precipitándose hácia ella; ¡Adela!

La vizcondesa, porque era la misma, solo contestó con sollozos que por un momento fueron el único ruido que interrumpió el silencio.

A poco, Adela se dejó deslizar del sofá, y cayendo de rodillas, exclamó sin apartar el pañuelo de su rostro:

— ¡Oh, gracias, gracias, Alberto!...

Y los sollozos embargaron su voz, y la emocion le impidió continuar. De Ródez se apresuró á levantarla y la hizo volverse á sentar. Por fin, calmada algun tanto:

— Alberto, dijo, es Vd. el mas noble y generoso de los hombres. Todo lo sé. Yo estaba allí, en el ambigü junto á Vd., mientras ese hombre contaba la historia, mientras los otros la acogian con repetidas carcajadas, mientras el pañuelo daba la vuelta á la mesa, mientras en fin mi nombre, mi nombre de mujer honrada, iba á brotar de unos labios imprudentes, á no ser por usted, Alberto, por Vd. que, movido de una inspiracion divina, ha evitado con una palabra que el nombre de una mujer rodase en la conversacion, sirviendo esta noche de mofa y de escándalo á toda una turba de jóvenes, sirviendo mañana de bafa y de ludibrio á toda una sociedad implacable. Por eso me he salido del baile, loca, fuera de mí, la palidez de la muerte en el rostro, la emocion de la gratitud en el alma, y por eso he venido para esperarle á Vd., para arrojarme á sus piés, para decirle con el acento del corazon que es siempre la voz de la verdad: ¡Oh, Alberto, yo no soy, no, mas que una desgraciada... Vd. ha sido mi salvador! ¡Oh, gracias, Alberto, gracias!

Y la pobre jóven, sollozando amargamente, cogió la mano de Ródez, estrechóla con efusion entre las suyas y dejó caer sobre ella su frente, su frente que ardia. Alberto quiso hablar, pero la emocion ahogó su voz; quiso retirar la mano, pero le faltaron las fuerzas: quiso, en fin, dirigir una palabra de consuelo á aquel pobre corazon herido, y no halló una sola expresion que pudiera traducir su sentimiento. Toda elocuencia era muda ante tanta amargura.

— Y aun no lo sabe Vd. todo, continuó á poco la pobre Adela; aun no lo sabe Vd. todo. Ha llegado el momento de la revelacion, y es fuerza arrojar la máscara, es preciso no ocultar nada. Sí, aun no lo sabe Vd. todo. ¡Lo que aquel hombre decia... lo que aquel hombre decia, Alberto, es la verdad, la verdad pura!

— ¡Oh! ya yo lo sabia, señora, exclamó Alberto.

— ¿Lo sabia usted?

— Como Vd. en el ambigü, Adela, media hora antes habia yo asistido en el salon del baile, invisible puede decirse á los ojos de los interlocutores, á una conversacion entre Gualtero y otra mujer, y esta conversacion me iluminó. Aquella mujer lo sabia todo.

— ¡Una mujer!

— Sí, una pobre cómica que tiene la debilidad de amar con delirio frenético á Gualtero.

— ¿Y esa pobre cómica, como Vd. la llama, dice usted que lo sabia todo?

— Todo, señora.

— ¡Pero cómo, Dios mio, cómo podia saberlo!

— ¿Ha visto Vd. jamás que se ocultara nada á los ojos de una mujer celosa? El amor es un niño, y un niño imprudente casi siempre. Basta la menor imprudencia para despertar la astucia de unos celos, como basta la chispa mas insignificante para provocar la explosion en un barril de pólvora.

— Pero es que yo no amo á ese hombre, Alberto, nunca le he amado tampoco. Solo sé que ha pasado por mí una cosa inexplicable, tanto, que se me figura despertar de un sueño, de un largo y penoso sueño. Solo sé que hace ocho dias obedezco á una emocion que me devora, á un malestar que me admira, á una obsesion que me mata; solo sé que he recibido una carta de ese hombre y que he contestado maquinalmente, sin saber lo que hacia, sin saber tampoco lo que me decia; solo sé, en fin, que he cometido una imprudencia, una de esas grandes y terribles imprudencias que disponen del honor de una mujer á los ojos de la sociedad, y que á usted, Alberto, le debo el que haya caido la venda de mis ojos, el que haya visto á tiempo el abismo en que iba á precipitarme...

— ¿Quiere Vd. un consejo, señora, dijo de pronto de Ródez, un consejo como podria dárselo á Vd. un padre?

— ¡Oh! sí, sí, diga usted.

— Pues bien, mande Vd. esta mañana misma por una silla de posta y parta Vd. para Paris, para Londres. Coloque Vd. una cuantas docenas de leguas entre Vd. y él. Dentro de dos meses, si acaso se acuerda Vd. de ese hombre, será como de una sombra, será como de una figura vista en sueños y que confundidamente se presenta á nuestra memoria cuando despertamos.

— ¡Oh! no, Alberto, yo no puedo partir así, tan precipitadamente. Al salir del ambigü he oído como una

cita, como una expresion de amenaza... Vd. va á batirse... Ese hombre va á venir.

Un golpe dado en la puerta de la calle y que resonó en aquel momento, hizo estremecer á la vizcondesa.

— ¡Ah! tal vez ya esté aquí... él será, dijo Adela.

— ¡Tan pronto! exclamó Alberto. ¡Cuando apenas amanece!... Mucha prisa tiene.

V. BALAGUER.

(Se concluirá.)

Nueva corneta

DE CAZA.

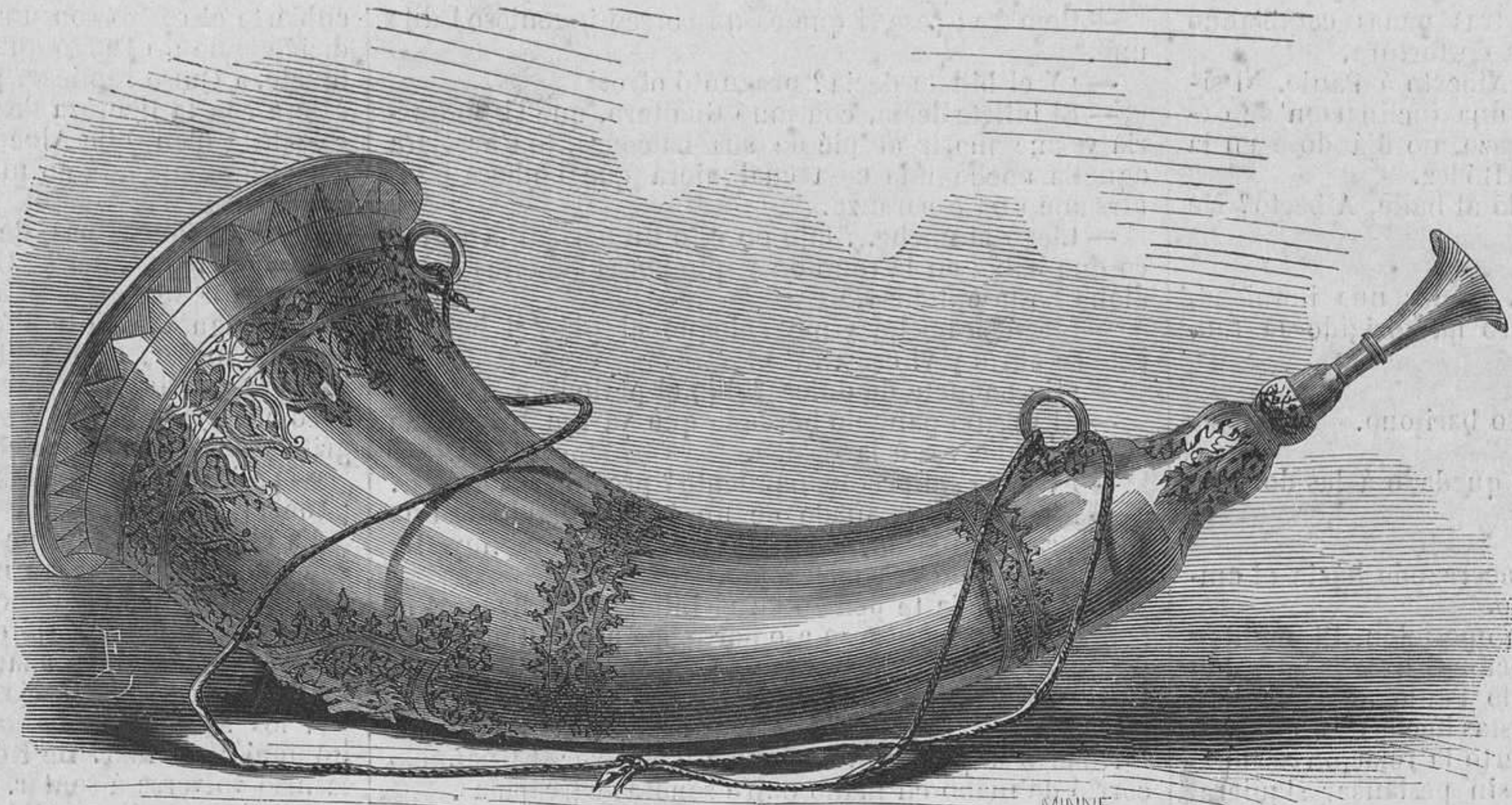
Un problema de acústica, insoluble en apariencia, acaba de resolver M. Teodoro Gregorio de Nancy, quien al cabo de quince años de investigaciones y trabajo, ha logrado suprimir los abultados tubos de la corneta de caza, sin alterar sus sonidos ni en su timbre ni en su fuerza. Como puede verse en nuestro dibujo, el instrumento tiene la sencilla y graciosa forma antigua, ó mejor dicho la de la corneta alemana, que ha dado nacimiento á toda la familia de los instrumentos de cobre.

Nadie ignora que el sonido se produce en los instru-

mentos de viento por el choque del aire en sus conductos. Ahora bien, la intensidad del sonido se proporcióna directamente á las superficies á que toca el aire en los tubos: poco importa pues, el volúmen de aire puesto en vibracion, pues sean cuales fueren la forma y el volúmen de dos instrumentos, tendrán la misma intensidad de sonido si ofrecen á los choques del aire igual superficie. La corneta de caza, llama-

da de Lorena, está basada en este principio: el tubo en vez de ser exterior como en la corneta ordinaria, está arrollado en espiral entre las paredes interna y externa. Es una especie de cuerpo esponjoso cuyos vacíos presentan un desarrollo de superficie muy considerable relativamente al volúmen. Además, el tubo es de forma rectangular y largo, lo que constituye una innovacion conforme con los verdaderos principios de la acústica; pues en efecto, siendo redonda la forma geométrica que contiene mas volúmen en menor perímetro, habia que prescindir de ella en razon á que se buscaba lo contrario, esto es: el mayor perímetro y superficie bajo el menor volúmen.

A. DE L.



Nueva corneta de caza.

MINNE.



LAS VENDIMIAS.